

P. ANTONIO PACIOS, M. S. C.

LA PASION DE LA IGLESIA

(TERCERA EDICION)

«Tinieblas y oscuridad profunda cubrieron la tierra entera».
(Mat. 27, 45)

editorial círculo
P.° Fernando el Católico, 39 - Zaragoza
1974

CENSURA RELIGIOSA:

NIHIL OBSTAT: *Manuel Vázquez*, msc., censor
IMPRIMATUR: *Jesús Lada*, msc., superior prov.

I.S.B.N. 84-85036-20-4

Depósito legal: Z. 476-1974

OCTAVIO Y FÉLEZ, S. A. - P.° CUÉLLAR, 11. - ZARAGOZA

DEDICATORIA:

A cuantos, enamorados del Corazón de Cristo, desean asociarse a El como víctimas, unidos a su Madre la Virgen, para ayudarles a redimir el mundo y apresurar el advenimiento de su Reino.

CAPÍTULO I

LA POTESTAD DE LAS TINIEBLAS

«Esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas» (Lc. 22,53). La vida, y sobre todo la pasión de Cristo, es el espejo donde podemos contemplar y entender tanto la vida individual del cristiano como la colectiva de la Iglesia, haciéndonos comprender la providencia de Dios Padre sobre todos y cada uno de nosotros, miembros de Cristo, cuyo destino es configurarnos con El para participar de su gloria.

«Esta es vuestra hora»: la hora de los enemigos de Jesús, a quienes es entregado para que sacien su odio sobre El. Y ese enemigo son, en concreto, las autoridades judías —de los setenta miembros del Sanhedrín, sólo dos simpatizaban con Jesús, no adhiriéndose a la sentencia de muerte contra él pronunciada, a saber, Nicodemo y José de Arimatea—. No era su enemigo el pueblo judío, que más bien simpatizaba con El, aunque «en la hora de sus

enemigos» se dejara también seducir y engañar por sus dirigentes para pedir a Pilatos su muerte.

«Y la potestad de las tinieblas»: hay un poder invisible que dirige e impulsa a los enemigos de Jesús: es el poder del príncipe de las tinieblas, principal actor antagonista de Cristo en la pasión redentora, como lo fuera también en el paraíso incitando al hombre al pecado original. Judas sólo marcha a entregar definitivamente a Jesús después que el demonio ha entrado en él (Juan 13,27 y 28). Los apóstoles sólo abandonan y traicionan a Jesús después de haber sido entregados al poder de Satanás, que los pidiera al Padre para cribarlos como el trigo (Lc. 22,31 ss.). Fue el diablo mismo quien introdujo en el corazón de Judas la idea de entregar a Jesús (Juan 13,2).

Por ese poder invisible son también dirigidos e informados los enemigos de Jesús: los que de tal modo resisten a la Luz, que es Cristo, que llegan a concebir contra El un odio gratuito, que no se satisface hasta darle muerte. De esos dice Jesús: «No creéis, porque no sois de mis ovejas (Juan 10,26): pertenecen, pues, al otro bando, al bando del demonio, por libre elección suya, porque «amaron más las tinieblas que la luz, por cuanto sus obras eran malas» (Juan 3,19): son la simiente de

la serpiente, que lucha contra los hijos de Dios (Gén. 3,15). Así lo afirma expresamente Jesús: «Vosotros tenéis por padre al diablo: y queréis ejecutar los deseos de vuestro padre, que desde el principio fue homicida, y no mantuvo en la verdad, porque la verdad no está en él: cuando habla mentira, habla lo que de él es propio, porque es mentiroso, y padre de la mentira» (Juan 8,44).

Para Jesús, el mundo lo constituyen cuantos le odian a El y a sus discípulos (Juan 15,18-20; 16,20; 17,14). Pero ese mundo tiene un príncipe que lo rige, que gobierna y orienta toda su actividad: Satanás. Jesús mismo lo llama «Príncipe de este mundo» (Juan 12,31; 16,11; 14,30) (cf. Efesios 6,12 y Colos. 1,13). Los enemigos de Jesús obran así guiados, orientados e impulsados por el poder de las tinieblas, por el poder diabólico, como hijos o simiente de la serpiente que siguen sus inspiraciones.

Es más, el demonio, aunque oculto e invisible, ocupa el primer plano en la pasión de Cristo, es el Adversario directo de Cristo: «Ya no hablaré muchas más cosas con vosotros: viene el Príncipe de este mundo, aunque en mí nada tiene donde asirse o por donde dominarme. Más para que conozca el mundo que amo al Padre, y que cumplo el mandato que el Padre me ha dado» (Juan 14,30 y 31).

Por eso la Pasión se describe como triunfo del mismo Cristo contra el demonio: «Ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera» (Juan 12,31).

«El Príncipe de este mundo ya está juzgado» (Juan 16,11). Y como victoria de Cristo contra el mundo, simiente de Satanás: «Tened confianza: Yo vencí al mundo» (Juan 16,33). De aquí que quien prescinda de la acción diabólica o no crea en ella, jamás entenderá nada ni de la pasión de Cristo, ni de la pasión de las almas o de la Iglesia.

«La Hora». Aparentemente viene provocada y determinada por la evolución y desarrollo natural de las causas segundas: la malicia creciente de los enemigos de Jesús instigada por la acción diabólica.

Pero el Evangelio nos advierte insistentemente que no es así. La hora de la pasión, del «poder de las tinieblas», viene determinada por el Padre, y no sin el consentimiento de Jesús.

Por ello, hasta que esa hora no llega, el poder de las tinieblas no tiene poder sobre Jesús: «Mi tiempo no ha llegado todavía... mi tiempo aún no se ha cumplido» (Juan 7,6.8); «Buscaban prenderle, pero nadie le echó mano, porque aún no había llegado su hora» (Juan 7,30; 7,44-46); «Buscaban prenderle, pero Jesús se evadió de sus manos» (Juan

10,39); «Y nadie le prendió, porque todavía no había llegado su hora» (Juan 8,20).

Como la duración del día natural la determina Dios, y no el demonio, así la duración de la vida de Jesús: «Yo debo obrar las obras del que me envió mientras es de día: viene la noche, en la que nadie puede obrar; mas, mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo» (Juan 9,45). Y a los apóstoles que le dicen: «Los judíos querían lapidarte, y ¿tú quieres volver allí de nuevo?», Jesús les responde: «¿Es que no son doce las horas del día? Si uno caminare durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo: sólo si caminare de noche tropieza, porque no hay luz en él» (Juan 11,8-10).

De ahí que la hora de tinieblas se llame también la hora de Jesús, la hora de su redención, de su tránsito al Padre, hora escogida libremente por El: «Sabiendo Jesús que llega su hora, para pasar de este mundo al Padre...». «Sabiendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos, y que de Dios salió y a Dios va...» (Juan 13,1-3; cf. Juan 7,30 7,44-46; 8,20: nadie le prende porque «todavía no había llegado *su* hora»).

El mismo Jesús afirma explícitamente que nadie le arrebata la vida, sino que El mismo la da espontánea y libremente para cumplir la voluntad del

Padre y su propio deseo de mostrarnos su amor: «Yo doy mi vida por mis ovejas... doy mi vida para de nuevo tomarla. Nadie me la arrebata, sino que Yo la doy de mi propia iniciativa; y tengo potestad de darla, y tengo potestad de tomarla nuevamente: este mandato recibí de mi Padre» (Juan 10,15.17. 18); «Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado, y ¡cómo me consumo hasta que se realice!» (Lc. 12,50); «Con un deseo grande he deseado comer esta (última) Pascua con vosotros» (Lc. 22,15). Y los frutos de esa entrega suya son de gloria para sí mismo (cf. Lc. 24,26), y de salvación para los hombres. «Llega la hora en que el Hijo del Hombre sea glorificado; pues en verdad os digo que si el grano de trigo, al caer en tierra, no muriere, permanece solo; mas si muriere da mucho fruto» (Juan 12,23,24); «Cuando Yo fuere levantado sobre la tierra, atraeré todas las cosas a Mí mismo» (Juan 12,32; cf. Juan 3,14-18, y Juan 11,49-52).

La hora de la potestad de las tinieblas no escapa así a la Providencia divina, antes viene dispuesta por esta misma Providencia amorosa y redentora. En ella se unen en la prosecución de un mismo objetivo material —la pasión y muerte de Cristo— la acción de Dios y la acción de Satanás: de ahí la terrible suavidad con que procede, y la ineluctabilidad con que adviene. Pero el objetivo

formal es completamente diferente: el demonio busca la aniquilación de Jesús y la destrucción de su obra redentora; el Padre, la glorificación de Jesús, y el triunfo de su obra de redención. Como siempre, son los planes de Dios los que se cumplen, no los de Satanás. «¿Por ventura no era necesario que Cristo padeciera todas estas cosas, y así entrara en su gloria?» (Lc. 24,26), dice el mismo Jesús a los discípulos de Emmaús. Esto debe tenerlo bien presente el cristiano para avivar su fe y su confianza en la hora de tinieblas, ya sea ésta propia e individual, ya de la Iglesia colectiva. Cuando todo parecía a los apóstoles *perdido en la Pasión de Cristo, era cuando se gestaba la salvación del mundo y estaba inminente la glorificación personal del Señor; cuando el alma lo ve todo perdido es cuando más cerca está su total remedio; cuando la Iglesia parece ya como muerta y sepultada, más cercana está su resurrección, depurada de todas las imperfeccciones con que el transcurso del tiempo la afeara.*

Característica de la hora de tinieblas: es la soledad, el abandono prácticamente total, por parte de los hombres, y, aparentemente, hasta por parte de Dios. Como dice San Ignacio, la divinidad está «como si se ocultara».

Respecto al abandono de los hombres, Jesús es bien explícito: «Todos os escandalizaréis de Mí en

esta noche, porque está escrito (Zac. 13,7): Heriré al Pastor (—y no se olvide que en la Profecía es el mismo Dios quien lo hiere—) y se dispersarán las ovejas» (Mt. 26,31; Mc. 14,27). Respecto al abandono aparente de Dios, basten las palabras de Jesús: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27,46). Abandono aparente, experimental: la divinidad se esconde, pero no se ausenta, antes conforta a Cristo, que no está solo en su Pasión: «He aquí que llega la hora, y ya llegó, en que os disperséis cada uno de vosotros, y me dejéis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Juan 16,32).

Sólo una creatura no le falló: María, su Madre, en pie junto a la Cruz, con el grupito que en torno suyo logró reagrupar tras la primera huida de todos; por eso es María la maravilla de las maravillas; por eso se conquistó el corazón del Padre, porque consoló a su Hijo, sustituyéndole, cuando el mismo Padre, para bien de la Redención nuestra, hubo de ocultar su acción y su protección.

El resultado de todo ese abandono es la pasividad total de Jesús, arrastrado por sus enemigos como tamo insignificante por el vendaval, que hacen en El cuanto quieren y como quieren: la Virgen no lo evita —no era ésa su misión—, pero lo acompaña y lo conforta.

Y ésa es la impresión que siente el alma, que experimenta la Iglesia en la hora de tinieblas: defección de todos, y ser arrastrados como por el vendaval, en medio de las más inconcebibles traiciones. Pero ni al alma ni a la Iglesia le faltan en esa hora la asistencia oculta de Dios ni la presencia consoladora y experimental de la Virgen María, siempre accesible a cuantos la invocan, y que se presenta aun sin ser invocada porque nos ama como a su Hijo. Ella es la gran esperanza en la hora del poder de las tinieblas, el consuelo tangible que nunca faltará al alma ni a la Iglesia.

Y el resultado, es la gloria y triunfo de Cristo; como lo es siempre del alma que sabe esperar y mantener su fe, y lo es de la Iglesia, cuya asistencia por parte de Dios está garantizada por las promesas de Jesús.

Capítulo II

LA HORA DE LAS TINIEBLAS EN LA IGLESIA

«Pues a aquellos de quienes Dios tuvo presciencia, los predestinó a hacerse conformes a la muerte de su Hijo» (Rom. 8,29). «Coherederos somos de Cristo, más si con El padecemos, para que con El seamos glorificados» (Rom. 8,17). «No es el discípulo más que el Maestro (Mt. 10,24); (Lc. 6,40)... Si el mundo os odia, sabed que primero me odió a Mí... no es el siervo mayor que su señor; si a Mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros; si guardaron mi palabra, también guardarán la vuestra» (Juan 15,18.20).

La vida individual de cada cristiano es como una copia de la vida de Jesús y su muerte de la de su muerte. Y lo mismo sucede con la colectividad de los cristianos, la Iglesia, que, como Cuerpo de Cristo, continúa visiblemente su vida, y manifiesta su acción.

Y como toda la vida de Cristo, según dice la *Imitación de Cristo,* «fue cruz y martirio», la vida

del cristiano lleva el signo de la cruz, la de la Iglesia el signo de la persecución. Por eso Jesús dice: «Quien no lleva su cruz, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14,27; cf. Mt. 10,38; Mc. 8,34). Lo que San Pablo afirma de sí mismo vale de todo cristiano, y aun de la Iglesia misma: «Cumplo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo» (Colos. 1,24); «Estoy crucificado con Cristo en la Cruz» (Gal. 2,19). La economía divina de esa participación en la cruz de Cristo es la coparticipación en la gloria de su resurrección: «Alegraos al comunicar los sufrimientos de Cristo, para que os alegréis y exultéis en la revelación de su gloria» (1 Petr. 4,13); «Estoy configurado con su muerte, para que pueda participar en su resurrección» (Filip. 3,10.11; cf. Rom. 8,29).

Esta economía amorosa divina hace que tanto el cristiano-individuo como la Iglesia en su conjunto sean objeto de un modo más o menos permanente, más o menos intenso, de las asechanzas del poder de las tinieblas, del Príncipe de este mundo —Satanás—, y del mundo, que es la simiente de la serpiente: lucha permanente de las tinieblas contra la luz. Esa actuación de las tinieblas tiene períodos especialmente álgidos, tanto en la vida individual como en la vida de la Iglesia; a veces casi llegan a agonías de muerte, como en la noche oscura por

la que pasan los grandes místicos, y en las persecuciones y grandes crisis de la Iglesia universal.

La diferencia entre el individuo y la Iglesia, reside en que ésta tiene prometida la asistencia infaliblemente eficaz de Cristo —«las puertas del infierno no prevalecerán contra ella»— (Mt. 16,18), mientras el individuo, aunque nunca carente de la asistencia divina, puede hacer fallar el resultado buscado por la providencia amorosamente paternal de Dios por el mal uso de su propia libertad. Si ésta procede rectamente, según sus posibilidades concretas, el resultado de cada tentación, persecución o crisis, es siempre una mayor depuración espiritual, una mayor configuración con Cristo, aunque lo que el poder y actuación diabólicas buscaran, fuera precisamente la destrucción de esa conformidad incipiente.

Respecto a la Iglesia, aunque la suma de voluntades infieles puedan disminuir el resultado por Dios intentado, éste se logra sustancialmente siempre. Recordemos entre esas grandes crisis: las persecuciones de los primeros siglos, que llevan a la implantación del cristianismo en el Imperio romano; la crisis de fe arriana, que tras la larga confusión aboca a una precisión tal del dogma que hizo posible en unos tiempos en que la ignorancia iba en aumento, la asimilación de los pueblos paganos de

Europa sin que la fe se pervirtiera por esa aportación masiva de infieles; el siglo de hierro del Pontificado, que aboca al esplendor y triunfo medieval de la Iglesia; la gran crisis del Cisma de Occidente, a la que seguirá la escisión protestante, pero también la verdadera reforma de la Iglesia en el Concilio de Trento, con la floración maravillosa de santos en ella y el ingreso a la fe de innumerables pueblos, que nunca la habían oído predicar.

Pero la configuración definitiva del cristiano se logra en su muerte, y la transformación de la Iglesia en reino universal e indiscutible de Cristo se logrará igualmente por su muerte y resurrección.

Y es que Cristo entró en su gloria por la pasión de su muerte; y no de otro modo puede suceder al cristiano ni a la Iglesia: «Vemos a Cristo, por la pasión de su muerte, coronado de gloria y de honor» (Hebr. 2,7); lo mismo sucederá a cada cristiano, y aún a la Iglesia misma.

Al llegar la pasión de Cristo, todo se precipita, todo es maravillosamente rápido: todavía resonaban los hosannas del Domingo de Ramos, cuando, en una noche y un día —¡qué poco comparado con toda la vida de Jesús!— se desarrolla todo el drama.

También la muerte del cristiano es algo rápido: marca el momento culminante del poder de la ti-

nieblas, pues la muerte es consecuencia del pecado, inducido por el demonio, primer homicida (Juan 8,44). Esa muerte connota el abandono de todo y de todos, como el de Cristo en la Cruz; y connota también la acción libre del poder de las tinieblas; pero el alma no está sola: tiene a su lado a la Virgen María, como Jesús en la Cruz, y la tiene experimentalmente —Jesús no exige nada a sus discípulos que no se exigiera a sí mismo: si El tuvo el consuelo experimental de su Madre, éste no faltará tampoco a ningún discípulo suyo—; tiene también la asistencia oculta del Padre —como la tuvo Jesús (Juan 16,32)—, y la presencia de Jesús, que como cabeza suya lucha con él y por él: tiene así fuerzas suficientes y abundantes para, en medio de las tinieblas, poder decir con confianza de fe plena: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu» (Lc. 23, 46): la fe le dice que cuanto más profunda es la tiniebla que le envuelve, más cerca está de la iluminación definitiva, del alborear del día eterno.

Jesús mismo compara esta vida al día; la muerte a la noche en que ya nadie puede obrar (Juan 9,4,5; 11,8-10): toda industria humana, y toda actividad natural es inútil en esa noche; sólo es eficaz la oscuridad de la fe, que se abandona totalmente al amor divino y a su misericordia, dejándose por completo en sus manos, como el niño se duerme en

brazos de su Padre: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu». Pero esa noche es abreviada, y le sigue el día de los esplendores eternos en el seno de Dios a quien contempla.

No es en realidad crisis de muerte, sino crisis de nacimiento perfecto, definitivo, a la vida plena de hijo de Dios, partícipe ostensible y manifiesto de su misma vida y de su dicha. Jesús mismo lo dice: «La mujer, cuando da a luz, tiene tristeza, porque viene su hora; mas luego que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de su angustia, a causa del gozo, porque ha nacido un hombre para el mundo. Así vosotros ahora tenéis tristeza, mas de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón y vuestro gozo nadie os lo arrebatará» (Juan 16,21.22); como la angustia del parto alcanza su punto culminante en el parto mismo, en el momento de nacer, así la angustia del hombre alcanza su punto álgido en el momento de morir, del nacer a Dios; no es entonces tiempo de obrar, sino de dejarse hacer por Dios, de abandonarse totalmente a El, de reposar en El con filial confianza, sólo el que perdiere esa confianza y esa fe, y quisiere salvarse por sí mismo, nacerá irremisiblemente muerto, con lo que el Apocalipsis llama «muerte segunda», y el evangelio «muerte eterna».

También la Iglesia, al igual que el discípulo individuo, está sujeta a esa muerte, que no es muerte, sino nacer; para que se imponga triunfante en todo el mundo, en todos los pueblos e individuos, sin dificultades ya por parte del poder de las tinieblas habiendo sido echado fuera el Príncipe de este mundo, ha de pasar por la pasión y muerte de Cristo. Los días de esa pasión y de esa muerte serán abreviados —nos dice el Evangelio—, como fueron abreviados los días de la pasión y muerte de Jesús; y renacerá la Iglesia sin arruga y sin mancilla, quitados ya del mundo todos los males y todos los escándalos; y en esa hora no es tiempo para la Iglesia de obrar sino de sufrir pasivamente, y de confiar en Dios como lo hiciera en la pasión su divino Fundador, que en esa agonía la asistirá para que no desfallezca, y en la que la acompañará la siempre inconcebiblemente amante y compasiva Virgen María, madre de la Iglesia.

Pensamos que en esa hora estamos entrando ahora, y que los sucesos se desarrollarán cada vez con más increíble rapidez, tras los hosannas del Vaticano II y las magníficas esperanzas, por desgracia de orden harto temporal, que a muchos hizo concebir como lo hiciera el Domingo de Ramos aún a los mismos apóstoles.

Las razones de esta persuasión nuestra las aduciremos al hablar de los signos de los tiempos. Pudiéramos equivocarnos; aún así, los avisos que daremos para mantenerse fieles en esta noche no serán inútiles, pues de noche se trata, y de una pasión muy cercana a la muerte. Cuanto más nuestro comportamiento se semejare al que deberíamos tener en esa hora, aferrados a la oscuridad de la fe, tanto mejor sabremos conducirnos para pasar con bien el eclipse o la muerte.

Aquí sólo insinuaremos tres consideraciones que hacen sumamente probable la presencia del momento que describimos: 1. Paulo VI ha llamado expresamente a la hora presente «hora de tinieblas», y si éstas, en muchos aspectos, como era inevitable, le han afectado y afectan incluso a él, su esfuerzo al enseñar se ha centrado casi totalmente en inculcarnos la fe como nunca se había hecho —en la hora de la pasión es la fe lo único de verdad eficaz.

2. Las crisis hasta ahora experimentadas por la Iglesia miraban a la consecución de éxitos y difusiones parciales. Ahora, todo el mundo unido por los medios de comunicación, y en mayoritaria parte incrédulo, ha llegado la hora de absorber todo ese mundo en el reino de Cristo; la hora del triunfo total parece presuponer la crisis total, la muerte a

la que siga la resurrección, cual sucedió en Cristo, cuya vida y muerte reproduce la Iglesia.

3. Terminamos transcribiendo la «exposición histórica» del Misal Lefebvre, ed. 1954, con ocasión de la fiesta de la Trinidad —en un tiempo en que los síntomas de la presente crisis aún no eran perceptibles—: «Desde las fiestas de Pentecostés, en que la Iglesia nació, viene ésta reproduciendo, siglo tras siglo, la vida de Cristo, cuyo cuerpo místico es. Jesús, desde el día en que nació, se vio perseguido, y hubo de huir a Egipto, mientras se perpetraba la horrible matanza de los inocentes. También la Iglesia sufrió durante cuatro siglos recias persecuciones, teniéndose que ocultar en las Catacumbas o en el desierto. Jesús, adolescente, se retira a Nazaret, y allí pasa los años largos y floridos de su vida en el recogimiento y la oración. Y la Iglesia, desde Constantino, disfrutó de una era de paz; entonces surgieron por doquier catedrales y abadías en que resonaran día y noche las divinas alabanzas, y cuyos obispos, abades, sacerdotes y religiosos se oponen por el estudio y un celo infatigable al avance de la herejía y al violento empuje de la barbarie. Jesús, el divino misionero enviado por el Padre a las apartadas regiones de este planeta, comienza a los treinta años su vida de apostolado; y la Iglesia, desde el siglo XVI, debe resistir

a los embates del paganismo renaciente, y desparramar por todos los nuevos mundos entonces descubiertos la semilla del Evangelio de Cristo. De su fecundo seno saldrán sin cesar nuevas milicias y nutridas falanges de apóstoles y esforzados misioneros que anuncien la Buena Nueva al mundo entero. Por fin, Jesús termina su vida con el sacrificio del Gólgota, seguido muy pronto del triunfo de su resurrección; y la Iglesia, lo mismo que su divina Cabeza, se verá entonces vencida y clavada en la Cruz, aunque ella ganará la victoria decisiva. "El Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo mismo que el Cuerpo humano, fue en un tiempo joven, aunque al fin del mundo tendrá una apariencia de caducidad" (San Agustín)».

A esta descripción pudiera añadirse, por una parte, el aislamiento de la Iglesia medieval, paralelo al de Nazaret; por otra, el aislamiento cada vez mayor de la Iglesia a lo largo de la Edad Moderna, pese a todo el movimiento misional, paralelo a la soledad cada vez mayor de Jesús en su vida pública; el Concilio Vaticano II, con su intento de poner a la Iglesia en contacto con el mundo, se parece mucho a los esplendores efímeros del Domingo de Ramos.

Añadamos aún una consideración más: las profecías anuncian el reino de Cristo en todo el mundo;

lo mismo confirman las revelaciones del Corazón de Jesús; el estrecho contacto mudial que implican los modernos medios de comunicación apuntan a que es llegada la hora de la implantación de ese Reino, por más que aparezca más lejano que nunca, dado el espíritu mundano que todo lo informa. Pero si «sin efusión de sangre no hay redención» (Hebr. 9, 22), esa asimilación del mundo entero para el amor y la fe de Cristo ha de ir precedida por una pasión tal de la Iglesia cual ni la tuvo antes ni la tendrá jamás después, puesto que el objeto actual de su obra redentora es el más amplio que pudiera concebirse. Es por lo mismo claro que ha llegado la hora de entrar bajo la potestad de las tinieblas, de copiar en la Iglesia la pasión y muerte de Cristo, para que así participe de la gloria y triunfo definitivo de su resurrección. Todo ello debe servirnos para prepararnos al martirio, pero también para mantener nuestro optimismo.

Para terminar, unas palabras acerca de los instrumentos humanos, simiente de la serpiente, que, regidos por Satanás, han de crucificar a la Iglesia como crucificaron a Cristo.

La tradición, al hacer al anticristo israelita —en concreto, lo más frecuente, de la tribu de Dan—, muestra que los crucificadores de la Iglesia en esa

gran pasión suya redentora han de ser los mismos que crucificaron a Cristo, a saber, las autoridades judías.

Esto parece indicar el mismo Cristo cuando dice a esas mismas autoridades judías que le rechazaban: «Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; mas cuando otro viniere en su propio nombre, a ése sí le recibiréis» (Juan 5,43), donde nos parece bastante claro que contrapone su venida en nombre del Padre a la venida del Anticristo en nombre propio, sin delegación alguna del Padre, pero al que los judíos no vacilarán en recibir. Es la última consecuencia y como castigo de no haber recibido a Cristo. El Judaísmo será así el verdadero crucificador de la Iglesia, y el que, bien a pesar suyo, provocará con su persecución el triunfo y resurrección de Ella, así como la implantación del Reino de Cristo en todo el mundo.

Pero aquí son necesarias dos advertencias. La primera, que cuando hablamos aquí del judaísmo no nos referimos para nada al pueblo judío, en Palestina o en dispersión; sino sólo a quienes secretamente rigen esa sociedad, así como el conjunto del mundo, por el dinero, la prensa y el poder temporal. Estos quizá no lleguen ni a trescientos, y su número tiende a reducirse cada vez más, hasta que se resuma en el solo Anticristo: y son malos

y anticristos, no por ser judíos, sino por ser ricos y poderosos, y ya sabemos cuán difícil es según el evangelio la salvación de éstos. Esa riqueza y poder engendra el orgullo, el ansia de sentirse y ser dioses —panteísmo—, y consecuentemente el odio a cuanto signifique o recuerde a Dios. El pueblo judío —todos los judíos fuera de esos trescientos— nada tiene que ver en esto: son mera víctima del poder de los anticristos, instrumentos con el que buscan y lograrán el imperio mundial del Anticristo.

La segunda es que, a diferencia del tiempo de Cristo, en que el pueblo bueno fue seducido por la minoría influyente enemiga de Cristo para pedir su muerte, en esa pasión final de la Iglesia está anunciada la conversión del pueblo judío; es decir, ese pueblo, aunque engañado hasta la implantación del reino del Anticristo, abrirá sus ojos cuando vea su actuación, y se convertirá a Cristo, sufriendo martirio codo a codo con la Iglesia, e incorporándose a ella; y por eso, en el triunfo de la resurrección, será tan importante la cooperación de ese pueblo que entonces verdaderamente la Iglesia estará formada de judíos y gentiles como de dos elementos de importancia análoga, unidos por la pasión de Cristo, por ellos participada.

Capítulo III

LA CRIBA

«Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha pedido para cribaros como al trigo; mas Yo rogué por ti, para que tu fe no desfallezca; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc. 22,31.32).

Al llegar la hora del poder de las tinieblas, el Padre dejó libre vía a Satanás para cribar a los apóstoles y a todos los discípulos de Jesús; el mismo Pedro caerá —como el que Satanás más ansiara cribar—, aunque vuelto pronto en sí se encargará luego de confirmar en la fe a sus hermanos. Sólo Juan, acompañando a María al pie de la Cruz, salió más o menos indemne de esa criba.

Si, como el mismo Pablo VI ha dicho, estamos en la «hora de tinieblas y de relámpagos», síguese que el cristiano ha de tener presente que el Papa, y bajo él los obispos y sacerdotes, y aun los simples fieles, han sido pedidos por Satanás para ser

cribados como el trigo. El tener esto presente nos ahorrará muchos escándalos y dificultades.

Jesús rogó para que la fe de Pedro no desfalleciera, encargándole a la vez confirmar en ella a sus hermanos. Por eso la asistencia del Espíritu Santo al Papa garantiza su infalibilidad cuando enseña lo que hemos de creer, o lo que hemos de obrar *para ir al cielo*.

Y esa asistencia se ha hecho tan manifiesta en estos tiempos de crisis, que es un verdadero milagro patente para todo el que no quiera cerrar los ojos a la evidencia. Un Papa elegido como avanzado, y del que se esperaba reformara la doctrina de la Iglesia, ha enseñado cual ninguno la doctrina tradicional —recuérdense sus cartas sobre la Eucaristía, la Virgen, el Sagrado Corazón, el Credo del pueblo fiel, la Encíclica «Humanae vitae», etc.—: y la ha enseñado advirtiéndonos de que *no podía* hacer otra cosa.

Pero fuera del ámbito de esa docencia magisterial auténtica, ya no goza de la asistencia infalible del Espíritu Santo: si ha sido pedido por Satanás para ser cribado, es natural que la acción del espíritu maligno en él se note acusadamente en todo cuanto está fuera del ámbito del magisterio doctrinal que propone y declara la doctrina revelada. Si todos y siempre somos agitados de los dos espíritus —el Espíritu de Dios y el espíritu maligno—, esa agitación toma en el Papa, en la hora de tinieblas, una contradistinción casi neta, por la asistencia infalible en un ámbito, y por abandono a la sugestión diabólica en el otro.

Por eso, la contradicción entre la doctrina del Papa y su obra de gobierno práctica, quizá más de una vez existente— como el insistir tan maravillosamente en la doctrina de fe y a la vez poner en puestos destacados a quienes la minan; o defender la doctrina tradicional del matrimonio a la vez que nombrar a dedo para su estudio una comisión que en su mayoría la combatía y haber dado lugar con sus indecisiones a que muchos fieles se habituaran a no practicarla, etc—, no puede extrañar a nadie que sepa la hora en que nos encontramos; esa contradicción entra en los planes de la Providencia ordinaria de Dios para la hora de tinieblas, que ha de preparar el triunfo de su reino en el mundo, como preparó su triunfo personal en los cielos.

La criba separa el grano de los restos de paja, así como la harina del salvado. Así esa criba hará la separación entre los que tienen verdadera fe y quienes sólo parecen tenerla; entre los que creían,

no por humildad y sumisión de su inteligencia a Dios, sino por espíritu gregario de sujeción a autoridades humanas, o porque a ellos les parecía naturalmente verdad lo que creían, y entre los que creían porque querían someter su inteligencia a Dios, sin importarles las doctrinas de los hombres ni aun las concepciones propias cuando se oponían a la palabra de Dios. Sólo esa fe es verdadera, la que cree a Dios de Dios con sujeción humilde y amorosa, y sólo los que creyeren se salvarán y pertenecerán al reino de Cristo.

La actitud del verdadero cristiano ha de ser así en estos tiempos de confusión, con relación al Papa, de sumisión humilde y total a cuanto éste enseñe como revelado, o como aplicación práctica de la doctrina revelada o simplemente como doctrina de fe o costumbres dada en nombre de la Iglesia o como profesada por la Iglesia, pues es el Pastor que Cristo nos dejó y no tenemos otro.

Y de esa adhesión no han de apartarnos, ni las opiniones interpretativamente divergentes de los hombres —por teólogos que se profesen—, ni las desviaciones doctrinales de alguno o muchos obispos, ni aun la conducta práctica del mismo Papa en el gobierno de la Iglesia (no se olvide que ni aun los mayores santos acertaron totalmente en todos los puntos de ese gobierno).

Respecto a esa actitud práctica, cuando nos parezca desacertada y contradictoria con la enseñanza que nos da, **debemos lamentarla interiormente**, y aun incluso criticarla abiertamente, cuando así se juzgue oportuno **para el bien de las almas;** pero sin amargura. El sentimiento primero que ha de causar en nosotros es el de compasión, que se transparente en oración ferviente y continua por él, sabiendo que es la hora en que Dios mismo le ha entregado para ser cribado, y que no por eso Dios le ama menos, ni le asiste menos como a Pastor de toda la Iglesia. Normalmente, esas decisiones prácticas apenas si tocan directamente a fieles y a sacerdotes, que son más bien meros espectadores desolados de ellas; si nombra teólogos de la Iglesia a quienes minan la fe, u obispos a veces que no la defiendan ni protejan, esto ningún daño nos hará si tenemos fe sencilla, que se adhiera con simplicidad a lo que el Papa enseña, sin preocuparse de opiniones de los hombres. Los teólogos no son mis maestros; y la asistencia doctrinal prometida al Papa nos garantiza que ningún daño podrán hacer a nuestra fe por el asesoramiento nocivo que a éste den.

Y si en algún caso la disposición práctica desacertada nos afectara directamente, aunque se deba hacer lo posible para que la mude, debe en tanto obedecerse; por malo que sea el plan de batalla

preparado por el general, siempre será mejor seguirlo que no el que cada oficial proceda a su arbitrio con su propia estrategia, aunque en sí sea mucho mejor; así el mismo bien común nos ha de inducir a esa obediencia.

Y si en esas disposiciones o actitudes ofende nuestros más íntimos y nobles sentimientos —cosa que sólo suele producirse cuando no miran lo eclesiástico, sino lo civil, social y político—, procuremos sentir gozo de poder tener ocasión de perdonar generosamente algo a nuestro Pastor común, y así seremos dignos de que Dios también nos perdone. Si así lo hacemos, pasaremos en paz y sin amarguras la hora de tinieblas, y en medio de ellas nos brillará la luz.

Respecto a los obispos, la asistencia de Dios a su magisterio sólo es infalible mientras su doctrina y enseñanza coincide con la del Papa; la asistencia se les prometió a los apóstoles con Pedro, no sin él, y menos frente a él. Por eso ninguna herejía de obispos —y ha habido muchas a lo largo de la historia— puede hacer peligrar nuestra fe, si sólo adherimos a su enseñanza en cuanto conforme con la de la Iglesia y del Papa.

Cribados también ellos, como los apóstoles en la Pasión, no debe extrañarnos que su actuación

práctica sea muchas veces aún más desacertada que la del Papa; compadecerlos también y orar por ellos; pero resistir con firmeza pasiva y eficaz cuantas disposiciones se juzguen ruinosas para la salvación de las almas; y obedecer con paz todas las demás, por mucho que nos repugnen, que Dios bendecirá nuestra obediencia y humildad.

Aunar así el valor y la obediencia humilde en la defensa de la fe y de la moral. Es la hora de que los fieles y los simples sacerdotes se preocupen de predicar y de cumplir personalmente todo y sólo lo que Dios nos ha mandado, desligándonos en lo posible hasta del ambiente temporal; cuanto más puramente nos limitamos a predicar y a practicar toda su enseñanza, tantas más almas conservarán su fe, o la recuperarán si la han perdido; tantos más hallará el Señor dignos de pertenecer a su reino cuando llegue la hora de su visita y de su encuentro —y no se olvide que este encuentro o venida, no sólo es el general hacia el que la Iglesia se proyecta, según el CREDO DEL PUEBLO FIEL, sino también el particular de cada uno en el momento de morir, pues cual en la muerte nos encontrare, así nos encontrará en su segunda venida.

CAPÍTULO IV

EL CREPUSCULO Y LA NOCHE

«Todavía por un poquito tiempo tenéis luz en vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, ya que el que anda en tinieblas ignora a dónde va. Mientras tenéis luz, creed a la luz, para que os convirtáis en hijos de luz» (Juan 12, 35-36).

Mientras gozamos todavía de la enseñanza del Papa, las tinieblas no son absolutas: estamos más bien en la hora crepuscular de que habla Jesús en El Evangelio. *La noche llegará cuando nos quedemos sin Papa que nos oriente; mejor dicho, cuando, surgidos antipapas con enseñanzas divergentes de las del verdadero Papa, nos quedemos sin saber quién es el verdadero, a quien hemos de obedecer como a Pastor, ya que todos los medios de propaganda, como mundano y enemigos de Cristo, harán por persuadirnos de la legitimidad del falso papa. Jesús nos advierte de la importancia de apro-*

vechar bien la luz de este crepúsculo para prepararnos a pasar bien la noche, sin tropezar durante ella.

El Papa podrá ser el «Papa triste» como le llama el pueblo; triste cuando se siente obligado a seguir la moción divina en el ámbito en que tiene asistencia infalible —no se olvide que hasta los mayores santos resistieron al Espíritu Santo cuando les impulsaba a las alturas—; triste también cuando se siente cribado por el poder maligno, ya que nadie, y menos el Papa, puede complacerse en ser dominado por Satanás. Es la pasión del Papa, su martirio, en el que se santifica y depura, como Pedro en la Pasión; poco importa que esos sufrimientos se deban, en gran parte, a su cobardía, temor e indecisión; por temor cayó Pedro, y no por eso le amó Jesús menos, no por eso contribuyó menos su caída a su santificación; las lágrimas depuran siempre: «bienaventurados los que lloran». Hemos de pedir y esperar que un día se sobrepondrá a sus temores como Pedro, afrontando el martirio; su triunfo luminoso en ese martirio señalará el comienzo de nuestras tinieblas, de nuestra noche.

Entretanto aún podemos caminar, progresar. Progreso doctrinal con su enseñanza; base pensar tan sólo en el formidable avance de la teología

mariana con el Credo del Pueblo de Dios, en el que se precisa de tal modo la maternidad de la Virgen María que nadie se justifica si no es por su acción, ni nadie progresa en la vida sobrenatural sin esa misma acción, lo que implica que ningún acto meritorio podemos hacer si no es por Ella y con Ella, ni ningún sacramento podemos recibir si no es de sus manos; como el niño en el seno de su madre, así nos estamos formando nosotros hijos de Dios en el seno de María.

Pero con ser tan importante, no es el progreso doctrinal lo que más nos interesa en la hora crepuscular. Lo que en ella interesa sobre todo es prepararse bien para pasar la noche, haciéndonos hijos de la luz, para que nuestra fe no desfallezca en la hora de tinieblas.

La hora crepuscular de la Iglesia nos evidencia cual ninguna otra, con el milagro patente de la asistencia divina en el aspecto doctrinal, que la enseñanza dogmática y moral de la Iglesia es válida para siempre, sin que pueda mudarse contradiciéndose con la anterior, aunque pueda progresar homogéneamente dentro de la misma línea. El que atendiere a esto, se maravillará de la amorosa providencia divina, que quiere este crepúsculo para darnos ocasión a prepararnos a pasar bien la noche, y ya

nada le escandalizará de cuanto pasa. Antes bien se aplicará con simplicidad a adherir a toda doctrina dogmática y moral de la Iglesia hasta hoy recibida, sabiéndola verdadera e inmutable.

Con esa adhesión humilde e inquebrantable se hará hijo de la luz; llevará dentro de sí mismo la luz, que ninguna tiniebla podrá ofuscar, cumpliéndose en ella la descripción de San Juan de la Cruz: «Sin otra luz ni guía, sino la que en el corazón ardía; aquesta me guiaba más cierto que la luz del mediodía, a donde me esperaba quien yo bien me sabía, en parte donde nadie parecía»; *si la noche será de apostasía para quienes pierdan su fe por no haberse convertido con sencillez y humildad en hijos de la luz durante el crepúsculo, será de santidad extraordinaria, de misticismo y de martirio para cuantos hayan aprovechado ese crepúsculo para hacerse hijos de la luz.*

Esa luz interior, durante este crepúsculo encendida, consistente en la adhesión humilde y rendida a toda la doctrina por la Iglesia enseñada a lo largo de los siglos, y por eso no subjetiva aunque interior, quizá no nos baste para discernir cuál es el verdadero pastor. Pero sí nos descubrirá los falsos; todo el que nos enseñe algo contrario a lo que en la hora crepuscular hemos contemplado como

enseñanza legítima de la Iglesia, no será pastor aunque la prensa y los medios de comunicación nos lo presente como verdadero papa, o verdadero obispo; será lobo disfrazado de piel de oveja. Y así, en la noche que se acerca, nada podrá hacer vacilar nuestra fe.

Respecto a nuestra actitud durante la noche misma que se acerca, Jesús nos advierte que en la noche nadie puede obrar; es la hora del descaso en paz, rodeados de los bienes y comodidades durante el día reunidos. El hijo de la luz, durante ella, se limitará a gozar de las verdades hasta entonces adquiridas y enseñadas por la Iglesia, sin querer avanzar ni progresar en ellas; es la hora de dormir y descansar en brazos del Padre celestial, no de obra. Por eso no hará caso de todas las novedades, reformas y progresos que el mundo le ofrezca; y cuando surjan los seudocristos y seudoprofetas, de cuya venida nos previno Jesús, recordando las palabras del Maestro, no sentirá curiosidad alguna para escucharlos, satisfecho con la riqueza interior de su fe. La confusión y estrépito de ideas no turbará su sueño ni su reposo, ni aun el martirio mismo, que ordinariamente le consumará en el amor, le hará perder su paz.

Y cuando el culto panteísta a la humanidad, que hoy vemos crecer y proliferar para satisfacción de

sus dirigentes que se sienten dioses, culmine en la adoración personal del Anticristo (2 Tes. 2,4), él seguirá adorando a su Dios y Redentor Cristo Jesús, en la luminosidad de su fe interior. Y aunque las calamidades que aflijan a un mundo separado de Dios le afecten también a él, y las sufra igual o más que los demás, tampoco eso turbará su paz, porque confía en el Señor y Redentor, al que sabe Dios de amor: «cuando su ira se encendiere de repente, dichosos todos cuantos en él confían» (Salmo 2,13).

Es la dicha del que sabe que se acerca su redención definitiva, con la implantación del Reino de Cristo al que por su fe ya pertenece: «Cuando viereis que todos estos signos empiezan a cumplirse, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención» (Lc. 21,28).

¡Qué hermosa y provechosa se presenta así al creyente humilde esta hora crepuscular que le prepara para la noche en que se asocie a la pasión de Cristo para participar del triunfo de su resurrección y de su gloria!

CAPÍTULO V

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

«El milagro en el cielo conoció su tiempo; la tórtola, la golondrina y la cigüeña observaron el tiempo de su venida; mas mi pueblo no conoció el juicio de Dios» (Jer. 8,7); «Sabéis de antemano el tiempo que va a hacer por el aspecto del cielo, ¿y no sabéis conocer los signos de los tiempos?» (Mt 16, 4); «Cuando viereis que comienzan a verificarse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención. Y díjoles esta comparación: mirad a la higuera y a todos los árboles: cuando hacen brotar su fruto, sabéis que ya está cerca el verano; así también, cuando veáis que suceden estas cosas que os he anunciado, sabed que está cercano el reino de Dios» (Lc. 21,28-31; cf. Mc. 13,28-30; Mt. 24,32-33).

Se ha insistido mucho en la aserción de Jesús, de que nadie conoce el día y hora de su venida, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo el Padre (Mt. 24,

36; cf. Act. 1,6-7), sacándose como conclusión errónea que es inútil pensar en ese día.

Pero es evidente que el mismo Jesús nos exhorta a estar a él atentos, y a discernir los signos que lo preceden y muestran inminente. Tampoco nadie sabe el día y hora exactos de su muerte, pero ordinariamente hay no pocas señales de su proximidad que nos deben incitar a prepararnos a ella.

Por otra parte, la incertidumbre del día y hora exactos de su venida —tanto la particular a cada uno en la muerte, como la colectiva al final de los tiempos para todos—, nos debe hacer permanecer en vigilancia, no retardando nuestra canversión (Lc. 21,34-36). Nada perderemos por considerar inminente su venida, si esa consideración nos indujere a la vigilancia —que el Señor deseaba ya de sus oyentes de entonces—, ya que el fin de los tiempos nos encontrará en el estado en que nuestra muerte o fin particular nos sorprenda; pero mucho nos dañará el vivir descuidados por ignorar los signos de los tiempos, cuya consumación nos sorprenderá entonces como un lazo. Jesús lo compara al diluvio: éste cogió de sorpresa a cuantos habían perdido la fe en Dios, incapaces de ver los signos que lo anunciaban; pero no sorprendió a los que aún creían; así la venida de Cristo cogerá de sorpresa

a cuantos no crean en El ni en sus palabras; mas no podrá sorprender a los que tienen fe en El.

No pretendemos ser profetas, ni verdaderos ni falsos, sino simples creyentes en la palabra de Jesús. La fe en esa palabra nos ofrece una serie de signos que simplemente proponemos al lector; ellos son luz para el creyente, le orientan en la confusión presente, y le llenan de confianza y optimismo, porque se acerca su redención.

1. «Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta que se cumpla el tiempo de las naciones» (Lc. 21,24; cf. Rm. 11,25-32). Por primera vez tras casi dos mil años, Jerusalén ha sido dejada de dominar por los gentiles, desde hace dos años; pasó pues, ya el tiempo de las naciones —los indicios de cuya desintegración son cada día más evidentes—, nos acercamos al término de las historia y a la consumación de los siglos; caminamos hacia el imperio mundial, bajo el signo del Anticristo, mera y breve etapa de tránsito para ser sustituído por el Reino de Cristo, con la consumación de nuestra redención —reino por el que preguntan los apóstoles, sin que Jesús les desengañe, en Actos, 1,6.

2. *La gran escisión.* A la segunda venida de Cristo ha de preceder la del Anticristo, y una gran escisión en la Iglesia que preparará y acompañará

la revelación del Anticristo, con toda clase de poderes y signos aparentemente milagrosos, para que pueda seducir a cuantos no estén firmes en la fe (2 Tes. 2,3-11).

El Papa ha hablado recientemente de un fermento de cisma existente en la Iglesia: cisma, pues, ya existente, aunque todavía no manifiesto. En realidad ese fermento consiste principalmente en el antropocentrismo: hasta los ciegos pueden ver en cuán amplios círculos se quiere poner como término último de la religión al hombre, desvaneciéndose el culto a Dios, quien, de existir, no tendría por él interés alguno. Mas si el término de la religión es el hombre, el hombre es Dios; estamos en pleno panteísmo, aunque todavía larvado; panteísmo que, por el orgullo que entraña —el hombre no sólo niega a Dios, sino que se convierte en Dios—, es mucho peor que el ateísmo.

Mas el hombre común es demasiado limitado para poder creerse Dios. Si ha habido filósofos que se lo han creído, sus teorías eran meros sueños en que se mecían, y que bien poco daño hacían a los demás. Hoy se quiere negar la limitación del hombre confundiendo su individualidad en la humanidad, cuyo progreso carecería de límites, y que en sí misma sería un Dios evolutivo que cada vez toma más conciencia de sí mismo.

Naturalmente, la humanidad abstracta no es sujeto de nada, ni siquiera del orgullo panteísta. Los verdaderos sujetos de ese orgullo son los dirigentes secretos de esa humanidad que, apoyándose en los demás bajo título de amor y preocupación laicos, sólo buscan su propia satisfacción, su deificación; la humanidad es para ellos el complemento que disimula su limitación individual. Pero ese número se reducirá cada día más, hasta centrarse en un solo individuo, el Anticristo, que, dueño del mundo y de todos sus recursos, se hará adorar como Dios.

Ha habido muchos anticristos; pero así como todos los cristianos somos Cristos por nuestra participación de la bondad y divinidad del Cristo individual, así cuantos se oponen a Cristo han sido anticristos por participación del individuo Anticristo por antonomasia, que resumirá en sí y que condensará toda la maldad y el orgullo humano, haciéndose adorar como Dios en el templo —a lo que parece, el templo de Jerusalén reconstruído—; el panteísmo, cuyo fermento constatamos de presente, habrá alcanzado entonces su término lógico; el Anticristo, que se hará adorar y que considerará a todos los demás hombres como mera pryección e instrumento de su poder.

La ciencia, cada vez más de minorías y secreta, acabará estando toda a su servicio, permitiéndole

las maravillas de que habla San Pablo, con que seducirá a los incautos que no están en el secreto.

Sólo podrá salvarnos entonces la fe sencilla y exenta de toda curiosidad, en la que ya ahora debemos ejercitarnos; surgirán por doquier muchos seudocristos y seudoprofetas, nos dice Jesús —y cuántos están surgiendo ya es bien visible—, que preparan el camino del Anticristo; si nos dicen que están en la plaza, no hemos de ir a verlos; si en la calle, no asomar a la ventana; si han entrado en nuestra propia casa, no ha de hablarse con ellos. Así lo dice Jesús, y uno se pasma del olvido de tantos que se precian de recibir y discutir en su casa con cuantos emisarios les son enviados para arrancarles la fe.

3. Indiquemos tan sólo algunos otros signos de fuente eclesiástica: la impresión de Pío XI en la Encíclica «Miserentissimus»; la expresión de Pío XII acerca de la nueva primavera de la Iglesia que se aproxima —su interpretación nos la da el evangelio: «cuando viereis que la higuera da su brote, sabéis que está próximo el verano»—; el Credo del Pueblo de Dios de Pablo VI, en que aparece actualizada como nunca la tensión de la Iglesia hacia la venida y reino de Cristo; la petición apocalíptica que se ha hecho rezar al pueblo cristiano en los nuevos cánones, tras la consagración «Ven, Señor

Jesús», y la esperanza urgente de esa venida gloriosa que expresan esos mismos cánones "mientras esperamos su venida gloriosa" «anunciamos tu muerte hasta que vuelvas». Todo muestra que la Iglesia ha avivado recientemente como nunca la esperanza urgente, el pensamiento vivo, de la segunda venida, para que se piense en ella por parte de todos los fieles.

La falta de espacio nos impide extendernos más. Sólo recordaremos la declaración firmada por Conchita González, ahora menos increíble, de que la Virgen le dijo que ya sólo quedaban dos papas hasta la consumación de los siglos o fin de los tiempos; la profecía de San Malaquías deja aún cuatro; pero como pone no sólo a los papas sino también a los antipapas, y de éstos seguramente habrá en la gran escisión, no hay en realidad oposición alguna entre esta profecía tan discutida y las palabras de la Virgen María a Conchita de Garabandal.

La conclusión es clara: estar a la espera vigilante y en oración, hasta que llegue la luz del Señor, evitando todo contacto que pueda empañar nuestra fe; dichoso el siervo a quien cuando viniere su Señor lo encontrara vigilando. Si en algún tiempo hemos de evitar el contagio del mundo y de engolfarnos en su admiración, es precisamente este en que estamos.

Capítulo VI

EL FERMENTO

«Es semejante el reino de los cielos a un poquito de fermento, que, habiéndolo tomado una mujer, lo introduce en tres medidas de harina, hasta que todo queda fermentado» (Mt. 13,33).

En la Escritura se nos habla de dos fermentos, que se disputan las almas: el fermento diabólico, y el fermento de Cristo. Corresponden a las dos simientes mencionadas por primera vez en el Protoevangelio: «Enemistades pondré entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la suya; ella quebrantará tu cabeza, y tú morderás su calcañar» (Gn. 3,16).

Jesús nos exhorta a guardarnos del fermento diabólico: «Guardaos del fermento —es decir, de la doctrina— de los fariseos y de los saduceos» (Mt. 16, 6.11.12); el fermento es la doctrina errónea (Mt. 16,12), cuyo origen o fomentador es siempre el demonio, padre del error y de la mentira (Juan 8,44);

y de esas doctrinas erróneas ha de guardarse el cristiano si no quiere perecer, tras perder su fe.

Por poco que se dé entrada al error, la fe se disolverá. Por eso dice San Pablo: «¿Ignoráis, acaso, que un poquito de fermento corrompe toda la masa?» (1 Cor. 5,6; Gál. 5,9). De aquí que el mismo Apóstol nos exhorta a desprendernos del fermento viejo, es decir, de los errores y pecados que precedieron a nuestra justificación, por medio de los cuales el demonio nos tenía esclavizados, ya que «el que obra el pecado es esclavo del pecado» (Juan 8,34): «Liberaros del fermento viejo» (1 Cor. 5,7); «regocijémonos, no en el fermento viejo, ni en el fermento de malicia, sino en los panes ácimos de sinceridad y de verdad» (1 Cor. 5,8).

Así, en la misma medida en que uno da entrada al error y sugestión diabólica, o sólo se corrompe él, sino que, como fermento que está en medio de la masa humana, se convierte en principio de corrupción para los demás. La presencia de este fermento diabólico en la Iglesia de hoy ha sido advertida claramente por Paulo VI, que este mismo año nos habló del fermento de cisma presente en medio de la Iglesia, y hace pocos años, en su discurso a la asamblea de obispos italianos, del espíritu de vorágine o confusión al que parece haber entregado Dios

a la humanidad actual. El aviso, pues, de Cristo y de San Pablo, exhortándonos a evitar todo contagio con el fermento diabólico, con las doctrinas y enseñanzas que Satanás difunde por medio de su descendencia, es de suma actualidad.

Pero también existe el fermento de Cristo, tanto más eficaz que el del demonio cuanto la eficacia de Dios supera a la de su creatura; por eso el triunfo de Cristo está asegurado, pese a todas las apariencias momentáneamente contrarias.

Ese fermento es, en primer lugar, la misma Persona de Cristo, sustancial y realmente presente en todos los sagrarios del mundo, al que misteriosamente está transformando. Es fermento también la palabra de Jesús, su Evangelio, su doctrina. Y es fermento toda alma que cree en Cristo, y, especialmente, cuantos debidamente le reciben en la Eucaristía; esa recepción tiene el poder de transformar en Cristo, de convertir en fermento divino, a cuantos a El se acercan, por malos y corrompidos que antes fueran.

Los hijos de los profetas habían preparado un cocido con hierbas venenosas, ignorando su verdadera naturaleza; mas al probarlo se dieron cuenta y dijeron: «la muerte está en la olla»; Eliseo tomó un poquito de harina, la hecho en el potaje, y éste

quedó ya sano para ser consumido (2 Re. 4,38-41). Aunque toda olla de naturaleza humana esté envenenada por el pecado original y por tantos pecados personales añadidos, cuando en su interior se vierte la pequeña forma eucarística, queda libre de todo veneno, y transformada en el mismo Jesús Eucaristía que ha recibido: «El que me come a Mi vivirá por mi» (Juan 6, 58); así, el que se une a Jesús Eucaristía será también fermento divino en y por Jesús Eucaristía.

La eficacia de ese fermento divino, en su triple manifestación —Cristo Persona en la Eucaristía, Cristo palabra en el Evangelio, Cristo presente actuante en cuantas almas eucarísticamente le reciben con la fe plena en El y entrega humilde— se nos describe en la parábola: «Es semejante el reino de los cielos a un poco de fermento que, tomándolo una mujer, lo mezcló a la masa hasta que toda ésta quedó fermentada».

Como la masa son las voluntades libres de los hombres, que han de integrarse a ese reino, sólo los hombres de buena voluntad serán asimilados; las voluntades libres que obstinada y orgullosamente resistan a la asimilación, son la descendencia de la serpiente, el fermento diabólico, que lucha con el de Cristo y le resiste; Dios quiere que cuantos se

incorporen a Cristo lo hagan libremente. Por lo demás, el triunfo de Cristo está asegurado, así como la implantación de su reino al que pertenecerán todos los hombres de buena voluntad.

El proceso de esa asimilación es desconcertante. Pero la misma parábola nos lo explica, a la vez que nos declara la situación actual en que nos hallamos, y nos llena en ella de optimismo.

Cuando el puñadito de fermento se echa en la masa, ésta es masa insípida, y aquél fermento fuerte; pero a medida que se disuelve en la masa va perdiendo en su fuerza, y llega un momento en que ni el fermento aparece ya como tal, ni la masa está todavía fermentada, aunque sí influída: se ha hecho el todo una masa amorfa, ni fermentada ni sin fermentar, ni fermento ni masa.

Pero cuando el fermento parece, así diluído, haber perdido su fuerza, sigue en toda su eficacia; es entonces precisamente cuando está próxima la hora en que toda la masa será ya fermento, y valdrá para fermentar a su vez otras masas. Y si entonces examináramos esa masa amorfa al microscopio, descubriríamos por toda ella innumerables partículas aisladas de fermento, actuantes en la masa amorfa que las rodea; es esa difusión y aislamiento, que

parece anegarlas y suprimirlas, lo que extiende su eficacia y apresura la obra transformadora.

La Iglesia es el fermento de Cristo en este mundo, es el reino de Dios; prolongación de Cristo, como su Cuerpo, por ella actúa Cristo, por ella se comunica al mundo; por ella se hace presente Cristo persona en todos los sagrarios del mundo; en ella y por ella se conserva y comunica la Palabra de Dios, Cristo Jesús y su Evangelio; en ella se unen las almas con Jesús Eucaristía, con fe total a su palabra y entrega sin reservas a su voluntad.

Mientras la Iglesia se mantuvo aislada, conservó su fuerza, como la conserva el fermento aislado. Pero en el mundo de hoy se han abierto las comunicaciones, el intercambio de ideas; una idea emitida en China o en la India llega a nosotros en el mismo día en que se enunció, y lo mismo sucede con las enunciadas aquí por nosotros. El pensamiento católico es exigua minoría en la humanidad; parece como ahogado y desvahído, aunque esté en algún modo presente en todas partes y en todos los pueblos, así como el de los demás no cristianos está presente en nosotros, El resultado es una aparente debilitación de la palabra de Dios, de la misma Iglesia como fermento; y, en la humanidad, una masa amorfa que participa de principios cristianos y no cristianos en confusión.

Añádase que los medios de comunicación están, por lo general, en manos del mundo enemigo de Cristo.

Pero el principio cristiano es Cristo mismo, El es el fermento presente en su Iglesia; su eficacia supera a todos los fermentos contrarios diabólicos; y los medios de difusión al expander el error, no pueden impedir que a la vez se difunda Cristo mis mo y su palabra. Por eso ahora estamos más cerca que nunca, pese a todas las apostasías, al instante en que Cristo asimilará a sí mismo todos los pueblos, entre los que por primera vez se halla presente. Por eso Pío XI (Enc. *Miserentissimus*) y Pío XII han visto como inminente y próximo el reino universal del Corazón de Jesús; y por eso, firmes en la fe en medio de la crisis, hemos de llenarnos de alegría, pregustando el cercano triunfo de Cristo, y la hora en que todos los pueblos e individuos se someterán con gozo a su enseñanza y se entregarán a su amor.

Como Cristo nos ha querido asociar a su obra redentora, para acelerar el advenimiento de ese Reino, es importantísimo que se multipliquen por todas las partes las partículas de fermento puro: tales son las almas santas, que, unidas a Jesús Eucaristía, tienen fe plena en él y del todo se le entregan para ser ins-

trumento de redención en sus manos; almas víctimas, cual les pedía Pío XI, que se ofrezcan acompañar a Cristo en su pasión redentora, sufriendo en, con y por la Iglesia, cumpliendo en sí lo que falta a la pasión de Cristo.

Y a esa labor se ha de dirigir toda acción sacerdotal que quiera ser eficaz, transformadora del mundo: a crear y formar esas almas santas, completamente entregadas a Dios, sin preocuparse poco o mucho de que su obra carezca de toda espectacularidad; enseñándoles todo y sólo lo que Jesús enseñó, e induciéndolas a que se pongan en manos de la Virgen María; ésta es la Mujer que ha de aplicar el fermento a la masa de harina de trigo, única fermentable, única transformable; Ella aplicará así, nuestra acción redentora donde verdaderamente sea eficaz, si en sus manos la ponemos.

Sólo en esa unión íntima y dolorosa con Jesús, por medio de María, contribuiremos al establecimiento del Reino de Cristo al que llevaremos a todas las almas de buena voluntad, transformando toda la harina de trigo legítimo, de voluntades dóciles y humildes llamadas a ser hijos de Dios. Las almas de mala voluntad, resistentes empecinadamente a Dios por orgullo, no son asimilables mientras no depongan esa resistencia libre de su orgullo; son el fermento diabólico, son la cizaña de la parábola, que

crece juntamente con el trigo; mas cuando la asimilación de éste se haya logrado, la cizaña será separada y echada al fuego; los ángeles quitarán del Reino de Dios todo escándalo, toda mal y pecado.

La aceleración de ese Reino, en cuanto depende también de la cooperación humana, no depende así de los teólogos, ni de los sabios, ni de los poderosos, ni de los ricos. Depende sólo de los santos, de las almas ocultas, aisladas como partículas casi invisibles de fermento puro, que se entreguen totalmente a Dios y a sus intereses con una consagración plena, con la humildad total e instrumental que engendra la comunión eucarística en el alma enamorada; de las almas que se unan a la pasión de Jesús Eucaristía en estado de víctima para ofrecerse a sufrir cuanto El disponga para la salvación del mundo. Y de que esas almas lo pongan todo y a sí mismas en manos de la Virgen María, nuestra Madre, para que ella, que sabe cuál es la verdadera harina de trigo asimilable y transformable, y cuál la de la cizaña intransformable, aplique su acción y su eficacia a la masa de trigo, donde su acción será eficaz.

Capítulo VII

LA PRENSA Y LOS MEDIOS DE COMUNICACION

«¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís la gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?» (Juan 5,44).

«Muchos de los jefes creyeron en El (en Jesús); mas por miedo a los fariseos no se declaraban, para no ser expulsados de la Sinagoga, porque amaron la gloria de los hombres más que la gloria de Dios» (Juan 12, 43-43).

«Y llevóle el demonio a un monte altísimo, y en un abrir y cerrar de ojos le mostró todos los reinos del orbe de la tierra, y díjole: Todo este poderío te daré, y toda la gloria de esos reinos, porque a mí han sido entregados, y los doy a quien me place; si, pues, Tú me adorares, tuyas serán todas esas cosas» (Lc. 4,5-7, cf. Mt. 4,8-10).

Tanto los signos de los tiempos como el estado actual de mezcla y confusión de que hablamos en la

parábola del fermento, se aclaran todavía más si atendemos a los medios de comunicación, principales agentes de esa mezcla, así como de las características que reviste.

Entre los medios de comunicación podemos distinguir los medios de comunicación física —viajes, turismo—, y los medios de comunicación formal de ideas y concepciones de la vida —prensa, cine, radio, televisión—, entre los que, por su eficacia, amplitud y universalidad, parece destacar en primer término la prensa.

Tanto unos como otros tienden al trasvase de ideas y concepciones de la vida, dirigiéndose hacia una uniformidad entre los hombres que lleva, al menos como más aparente, un signo totalmente mundano y temporal, acristiano y prácticamente amoral, cuando no anticristiano y antimoral.

Los medios de comunicación física, especialmente tras la explosión del fenómeno turístico, son los de efecto más espectacular. Pero su eficacia disminuye por su falta de universalidad; la mezcla se verifica en zonas limitadas, y más o menos culturalmente homogéneas; el turismo masivo, al menos por hoy, parece odiar las distancias excesivas, probablemente debido al coste económico. Por eso su efecto, más que la mezcla de ideas o concepciones re-

ligiosas divergentes, nos parece ser la desacralización del orden religioso constituído, así como la disolución de la moralidad, a la que ayuda la mayor libertad y falta de cohibición de todo aquel que se encuentra en un ambiente fuera de sus relaciones familiares habituales.

Por eso pensamos son más dignos de atención los medios de comunicación formal de ideas y de concepciones de la vida, que no conocen fronteras nacionales, regionales, ni aun continentales, para su influjo y penetración. Destaca en primer lugar la prensa, como más universal, siguiéndole de cerca, y completando su influjo, el cine, la radio y la televisión.

Todos saben que esos medios de comunicación son controlados por altas empresas financieras, condensadas en manos de pocos —cada vez en manos de menos—, que, aunque defendiendo y protegiendo sus intereses económicos particulares, en lo ideológico de ordinario se entienden fundamentalmente entre sí. Esto debe bastar para poner sobre aviso al cristiano, no dejándose seducir por esos medios; al cristiano que sabe que el demonio es llamado el «Príncipe de este mundo», y que da el poder y la gloria a quienes le adoran, según vimos en el texto que encabeza este apartado (Lc. 4,5-7).

Si es tan difícil que los ricos se salven, cual nos lo asegura el Evangelio, es porque las riquezas los suelen hacer servidores de Satanás; si los grandes ricos controlan generalmente los medios de comunicación, es lógico pensar que quien los controla en realidad es Satanás, a quien la mayoría de esos grandes ricos sirven como esclavos, y adoran.

Dando un paso más, sabemos que esas empresas son internacionales; un rico determinado podrá tener patria determinada —necesariamente ha nacido en un lugar, y es probable conserve algún cariño especial a ese lugar en que nació—, pero el capital de esos grandes ricos no tiene patria: se coloca y se extiende cuanto puede por toda la faz de la tierra, con el único criterio de que tal colocación y extensión se considere productiva. Consecuencia lógica: existe un control internacional o supranacional, de la prensa y de los medios de comunicación.

Un último paso, y vemos que esas empresas financieras internacionales —y con ellas la prensa y los medios de comunicación— son en su mayor parte controlados por un pequeño grupo de judíos internacionales y apátridas, que controlan la Banca y las altas finanzas.

La legitimidad de este último paso podría demostrarse a base de estadísticas tomadas de auto-

res judíos. Pero creemos mucho más eficaz sugerirla con algunos detalles que lo harán ver a cuantos quieran abrir los ojos. Son detalles pequeños, casi sin importancia, pero no por eso menos significativos.

Hace algunos años apareció una cruz gamada en una sinagoga alemana, luego otra en Buenos Aires, otra en Canadá, y otra en Australia. La cosa carecía de importancia —cuántas blasfemias y obscenidades se han escrito en muros y puertas de iglesias católicas, sin que la prensa se haga eco; e incluso, lo que es mucho más grave para la sensibilidad religiosa, cuántas profanaciones eucarísticas, sin que tengan eco más allá de la prensa puramente local (recordemos la reciente de Sallent, a la que sólo un grupo de Garabandalistas tuvo el valor de hacer desagravio)—. Pero el tratarse de judaísmo bastó para que se orquestara una campaña de prensa mundial lamentando esos hechos, y previniendo contra el antisemitismo, como si los judíos corrieran el peligro de volver a ser inmolados en masa por los nazis.

La prensa católica de España no dudó en asociarse durante todo un mes a esa campaña defensora de los supuestos ultrajes recibidos por el pueblo judío con la pintura de esas cuatro cruces gamadas. Durante ese mismo mes leímos en esa misma prensa católica (!) española dos noticias sumamente importante para el público católico, pero se

Pero recordemos todavía dos pequeños datos que muestran el control que de la prensa tiene esa pequeñísima minoría de judíos apátridas:

El uno es su conducta en la llamada «Guerra de los seis días». España, oficialmente, simpatizaba con la causa árabe; no obstante, la prensa española, pese a las acusaciones de estar sin libertad por excesivamente controlada por el Gobierno, se volcó, casi unánimemente, en esos seis días, en favor de los judíos.

El otro es el avión secuestrado el verano pasado (1969), que se dirigía a Tel Aviv y fue llevado a Damasco; un secuestro más, entre muchos que lo precedieron y lo siguieron, pero un secuestro, el primero, en que los judíos parecían perjudicados. Inmediatamente amenazaron los pilotos de Inglaterra y Francia con hacer huelga; tal amenaza no la hubo, ni por los secuestros precedentes, ni por otros aparatosos que le siguieron, pero que no tenían que ver con los judíos —y lo curioso es que el avión no procedía ni de Inglaterra ni de Francia, por lo que para los respectivos pilotos debía ser un simple secuestro más.

Es verdad que puede haber pequeña prensa independiente. Pero aun ésa es influída doblemente: primero por las agencias de noticias, de que se sirven, y a las que tiene que servir si quieren recibir

información; segundo, por el peso del ambiente, que les mueve a seguir la corriente para no parecer desfasados, renunciando así a la verdad por «amar más la gloria de los hombres que la gloria de Dios» —y esto pasa, todos saben hasta qué grado, con la misma prensa llamada católica.

Y si esa pequeña prensa progresa en un caso concreto, y amenaza influir de verdad, siempre queda el recurso de comprarla; y una vez comprada, aunque queden los mismos directores y redactores, será para engañar al público, pero no para escribir lo que tal vez desearan, sino lo que su dueño y amo les manda escribir, pues debe servirse al que paga, al que le alimenta a uno. Ese, y no otro, es el secreto, de muchos casos de prensa católica (!) disolvente; fue católica un tiempo —y los católicos la siguen creyendo tal—, pero ya no lo es, porque ha cambiado de dueño. Sería fácil citar casos concretos, pero preferimos no hacerlo; el que atienda a la ideología que se le sirve podrá detectarlos por sí mismo.

Respecto a los demás medios de comunicación, sólo unas palabras. El cine, en su mayor parte, tiene el mismo control; sobre los independientes mantiene fuerte influjo indirecto —por créditos, por propaganda de prensa, por mentalidad que crea—; quizá ello explique el que progrese cada vez más

hacia la obscenidad y la destrucción de todos los valores cristianos.

Algo semejante puede decirse de las televisiones de empresas privadas; por fortuna, en Europa, la mayor parte son nacionales en exclusiva; pero todas toman programas de otras fuentes, y así se contaminan, a más de la imitación inevitable.

Algo similar puede decirse de la radio; pero como más libre, aún está más controlada por los grandes capitales internacionales; y aún los que son directamente independientes de ese control, reciben necesariamente las noticias de la prensa y de las agencias, y tienden casi de necesidad a introducir en sus programas lo que *está de moda*, por contrario que sea a sus propias ideas, y por disolvente que sea de los principios cristianos.

Mas vistos los que controlan los medios de comunicación, pasemos ya a contemplar cuál es el signo y cuáles los objetivos que persiguen esos medios, especialmente la prensa.

CAPÍTULO VIII

SIGNO Y OBJETIVOS DE LA PRENSA Y DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION

I. SIGNO O CARACTERÍSTICA DE LA PRENSA Y DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN.

Dos características principales presentan la prensa y los medios de comunicación en general: la primera deriva de su misma naturaleza; la segunda se debe exclusivamente a quienes la controlan.

La primera, inherente a su naturaleza, es el sensacionalismo: tiene que atraer la atención, hacer impacto; y esto se logra principalmente, no con lo normal y trillado, sino con lo anormal, con lo que se sale del medio habitual en que nos movemos y vivimos. Por ello la prensa resaltará siempre más lo nuevo, lo raro, lo extraordinario, que lo tradicional y común.

Esta característica hace que esos medios de comunicación tiendan a apartarse de lo tradicional,

y hacerlo menospreciar. Pero puede ser mantenida en sus justos límites por quienes la controlan, y entonces, sin rechazar lo bueno que la tradición contenga, la prensa se convertirá en un instrumento maravilloso del legítimo progreso y evolución cultural.

Mas si ese control falta, o, lo que es peor, es de signo contrario, cual sucede hoy día, los medios de comunicación, y especialmente la prensa, son el instrumento demoledor por excelencia de toda tradición y aun de toda verdad heredada, tanto por el silencio a que se someten esos temas, como por los ataques e irrisiones de que son objeto. Tal sucedió, por ejmplo, con la prensa paraconciliar, que resaltaba todas las opiniones erróneas de los Padres conciliares, silenciando más o menos cuanto era exposición de la verdad tradicional. Y de ahí el espíritu llamado «postconciliar», generado por esa misma prensa, que nada tiene que ver con los Documentos que el Concilio promulgó.

La segunda característica de la prensa y de los medios de comunicación se debe exclusivamente a quienes hoy la controlan. Esa prensa es mundana, en su sentido más peyorativo de anticristiana, y busca por todos los medios disolver y corromper el cristianismo.

En contrapartida, y bien a pesar suyo, como para disolver ese cristianismo tiene que tratar de él, extiende sus principios, aunque desviadamente tratados, por todos los pueblos y por toda la faz de la tierra, y con ello extiende el fermento de Cristo, poniéndolo al alcance de todas las almas de buena voluntad, preparándolas así para su ingreso en el Reino de Cristo y en el Pueblo de Dios, aunque cause simultáneamente la apostasía de innumerables individuos que formaban ya parte de ese Reino y de ese Pueblo, pero cuya fe no era lo humilde y sincera en su sencillez cual Dios la quiere.

Demostrar ese espíritu mundano por la misma prensa, sería eficaz, pero demasiado largo. Hay un camino más breve, y no menos eficaz para todo creyente.

Este camino es recordar quiénes controlan la prensa y los medios de comunicación. Siendo esos controladores los grandes potentados financieros internacionales, basta recordar lo que dice el Evangelio de los ricos, para saber que los intereses de éstos, que defiende la prensa, no sólo son mundanos, sino también anticristianos por estar en oposición clara con los principios evangélicos. Por tanto, prensa y medios de comunicación tenderán a destruir en cuanto puedan todos los principios cristianos, como opuestos a sus intereses temporales. Si

alguna vez pueden parecer defenderlos, serán únicamente en cuanto accidentalmente puedan coincidir o favorecer sus propios intereses.

Si el creyente tiene esto presente, habrá dado un paso gigantesco en el camino de defender y proteger su fe contra todos los influjos mundanos ambientales, y especialmente contra todo el poder disolvente de la prensa, que amenaza diluir su fe en Cristo y su Evangelio.

Todo esto es válido ya en el supuesto, evidente como vimos, de que los que controlan la prensa son los grandes financieron internacionales, sean ellos de la religión que sea —religión que en ellos rara vez será auténtica, según nos testifica el Evangelio.

Si, como creemos y expusimos más arriba, el control está principalmente en manos de un grupito de financieros internacionales judíos —que no se han de confundir nunca con el pueblo judío, víctima, como los demás, de esos poderes—, entonces la prensa y los medios de comunicación no sólo son generalmente anticristianos de un modo indirecto —en cuanto propugnan unos intereses materiales incompatibles con los principios cristianos, a los que por lo mismo han de combatir—, sino que será anticristiana de un modo directamente intencionado, por el odio tradicional que esos medios han tenido y siguen teniendo a Cristo.

II. Objetivos de la prensa y de los medios de comunicación.

Creemos pueden reducirse a tres grandes apartados: 1) La creación del Estado universal judío, al que se sometan todos los pueblos, bajo el yugo del Anticristo, el Mesías por esos jefes judíos esperado. — 2) La disolución de los valores tradicionales —especialmente del cristianismo— así como de las nacionalidades; esto como medio necesario para la implantación de ese Estado universal. — 3) La implantación de la doctrina panteísta, plasmada en la adoración de esos dirigentes; doctrina panteísta que subyace a la Cábala, que informa a esos dirigentes.

Los tres objetivos están estrechamente articulados, representando el primero el objetivo político, el segundo los medios para lograrlo, el tercero el espíritu que ha de informarlo. Y los tres envuelven e implican una lucha contra el Cristianismo, única fuerza que se les opone en el terreno de los principios, y un esfuerzo satánico para destruirlo.

De esos tres objetivos, el que más importa al creyente cristiano es indudablemente el tercero, por referirse al aspecto doctrinal; es frente a él que debe adoptar disposiciones drásticas si quiere conservar su fe.

Diremos, no obstante, unas palabras sobre los dos primeros.

El Estado universal de Israel lleva todas las trazas de ser conseguido, y pensamos que todos los esfuerzos no bastarán para evitarlo. Bueno será, no obstante, lograr someterse a él lo más tarde posible, pues ello facilitará la perseverancia en la fe, ya que el imperio del Anticristo será muy breve, pendiente de su destrucción por Cristo; si lográramos mantener íntegra nuestra fe hasta su manifestación, nos será mucho más fácil perseverar en ella pese a todas las persecuciones, resistiendo el breve espacio de tres años sin cambiar nuestra mentalidad hasta entonces arraigada; los que para entonces ya hayan perdido esa mentalidad de fe sencilla y total, lo más probable es que acaben de perder sus últimos restos durante ese dominio.

El actual Estado de Israel no es más que un primer paso; los que constituyen ese Estado, son sólo un instrumento, probablemente inconsciente, pues la inmensa mayoría de los actuales israelitas no desean más que el poder vivir en paz en su tierra reconquistada. Pero los planes de los dirigentes apátridas internacionales son bien distintos. Las ayudas a los países árabes han sido sólo de palabra —los mismos rusos nada han hecho por ellos, sino prepararlos insuficientemente para moverlos a lan-

zarse a una guerra que han de perder—. Dos guerras más como la anterior, que se provocarán a su debido tiempo, y todo el Próximo Oriente será israelita. Basta entonces que esos poderes internacionales se enfrenten a las grandes naciones donde gobiernan, y su destrucción creará un vacío de poder que será fácilmente ocupado por el Israel soñado.

Mas ello no nos preocupa, pues es preparación para el Reino de Cristo; como en la Pasión del Señor Dios y el diablo persiguen el mismo objetivo material, y por eso lo creemos totalmente ineluctable; pero distinto objetivo formal: el demonio y su descendencia el reino del Anticristo; Dios, el reino de Cristo. Y, como siempre, será el objetivo formal divino el que se logrará.

Respecto al segundo objetivo, todos podemos contemplar cómo se va logrando ante nuestros propios ojos, dirigido por un poder invisible internacional que abarca a todos los pueblos, afectando dolorosamente a la misma Iglesia católica.

Mencionemos tan sólo algunos indicios: 1) La destrucción de la personalidad humana mediante las drogas —que destruyen la voluntad— y la pornografía organizada que reduce al hombre a puro animal. Baste citar a este propósito las palabras de Vintila Horia —«Diario de Barcelona, 14 de octubre de 1969, p. 4—: «Desde Estados Unidos hasta

Estocolmo y desde Inglaterra hasta Munich, todo el norte de la civilización occidental está en este momento bajo los efectos devastadores de la droga y de su hermana la pornografía. Italia también y París podrían ser incluídos igualmente en esta zona mortífera, donde fuerzas que desconocemos pero que adivinamos, se están apoderando de la razón humana... Después de los viajes que hice por Europa en estos últimos meses, puedo decir que el mundo libre en que vivimos... se está desmoronando rápidamente bajo los golpes seguros que alguien le propina desde los bastidores de la droga y de la pornografía. Es fácil ver cómo la oleada... forma parte de un plan bien determinado, y cómo la gente está cayendo... desapareciendo en un pantano, que puede ser llamado del vicio, del sexo, de los paraísos artificiales, pero que es, en el fondo, el de la muerte... Y resulta que es mucho más fácil dominar, destruír, conquistar, una sociedad de cerdos que una de seres humanos conscientes de su humanidad».

Destrucción de la persona por la droga, de la *humanidad* por la lujuria; el término, un material excelente para ser esclavizado a su debido tiempo, pues bastará hartarle la barriga para que esté satisfecho, aunque finalmente le lleven al matadero.

2) La destrucción del espíritu patriótico, del sentimiento de nacionalidad, cada día más patente

en todas partes. Se cumple el signo de los tiempos: la desaparición de las naciones —«Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta que se cumpla el tiempo de las naciones»—. Desaparecido ese espíritu patriótico se abre el camino fácil a la sumisión a Israel que buscan sus promotores.

3) La marea materialista, que se ha apoderado incluso de no pocos sectores católicos; la religión se reduce a procurar un paraíso terreno para todos; arrumbados los objetivos e ideales espirituales, el hombre acabará sometiéndose sin resistencia a quien le asegure el sustento, cual hacen los animales con los hombres.

4) La disolución de todos los valores tradicionales, especialmente de los cristianos; se desprecia todo lo pasado, sin distinción ni matización. Camino excelente para preparar la aceptación de cualquier exigencia del Anticristo, que no hallará ya resistencia en principios sólidos y firmemente creídos. En la misma Iglesia católica, vemos en cuán amplios sectores predomina una especie de escepticismo, de duda, acerca del mismo depósito de fe y de moral.

5) La revolución subversiva, internacionalmente orquestada, y presente en todas las naciones, grandes y chicas, con objetivo totalmente negativo —rechazo de todo lo constituído—, sin que traigan plan

u organización alguna positiva. El resultado será así la anarquía final y universal.

Y en ese estado de anarquía, el hombre, que desea paz y orden para vivir, aceptará cualquier dominio, cualquier tiranía que se le proponga, cualquier sumisión y esclavitud que le libere de la anarquía; es decir, aceptará como una liberación el dominio del Anticristo y la sujeción de todos los pueblos a Israel: al Israel de la cada vez más pequeña minoría dirigente, pues por lo que respecta al pueblo-masa de Israel no será sino un esclavo más.

Baste con lo indicado sobre los dos primeros objetivos. El que verdaderamente interesa al católico, y aquel en que su acción será eficaz, es el objetivo tercero, el doctrinal. A ello dedicaremos, directa o indirectamente, cuanto sigue.

Aquí sólo indicaremos que el panteísmo reside en poner a la humanidad como término primario de la religión —y cuántos católicos van cayendo en este lazo—; Dios desaparece así, el Dios personal y transcendente, creador; y el término religioso, el Dios a quien se adora, es la misma naturaleza —todo Dios—, cuya coronación es la Humanidad, a la que, en definitiva, converge la adoración.

Pero el hombre concreto es demasiado limitado para poder sentirse Dios; y la Humanidad es sólo una abstracción, incapaz de ser sujeto de adoración

alguna. Pero sí son sujeto esa minoría oculta que la dirige, que verdaderamente debe sentirse Dios al ver cómo maneja a la humanidad entera a su arbitrio; minoría que acabará reduciéndose a la sola figura del Anticristo, que odiará y perseguirá a cuanto signifique Dios, y se hará adorar como Dios en el tiempo; el panteísmo estará entonces consumado, pues considerará a todos los hombres como mero instrumento y expansión suya.

La vía principal para lograr el triunfo de ese objetivo, fuera de las ya indicadas en los objetivos anteriores, es la *temporalización* de la religión, pues es esa temporalización, olvidada de los destinos eternos, la que hace al hombre término último de la actitud religiosa, olvidándose de Dios.

A esa temporalización le hacen coro la filantropía naturalista —que sólo puede basarse en la identidad panteísta de los hombres—, la masificación de los individuos —las necesidades materiales son prácticamente idénticas en todos—, y la animalización, que los convierta en simples y dóciles instrumentos.

Es de esa temporalización de la que nunca se precaverá bastante el cristiano. Por eso hablaremos de la actitud política, de la social (ambas temporales), del precepto de caridad, de la relación directa del creyente con Dios, y, finalmente, del panteísmo que parece anegarnos sin que nos demos cuenta.

CAPÍTULO IX

POLITICA Y SOCIOLOGIA DE CRISTO

Pensamos que la desviación religiosa fundamental que vicia hoy amplios sectores es la de convertir, de un modo más o menos consciente, al hombre en centro de la religión, con la cual ésta en realidad desaparece, pues su término no puede ser otro que Dios.

Esa desviación se plasma, principalmente, en el orden práctico, en un erróneo concepto de encarnacionismo, que se manifiesta de modo agudo en dos vertientes, fundamentalmente de orden temporal: la política y la sociológica. El sacerdote —y en medida correspondiente, el seglar profundamente religioso— tendría que hacer suyas y compartir las ansias políticas y sociales del pueblo con el que convive y del que normalmente procede; y tendría que hacerlo precisamente en virtud de su sacerdocio y de su religiosidad; no sería buen sacerdote, ni seglar verdaderamente religioso, si tal no hiciera. Y

si esas ansias no son verdaderamente comunes a todos —en los asuntos e intereses de orden temporal es muy difícil la coincidencia de todos—, habrá de escoger, compartir las ansias del grupo que a él en conciencia le parezca.

Pensamos que es útil a este respecto considerar el ejemplo de Cristo como el más orientador para el sacerdocio en particular, pero también para los fieles en general, de cuyo sacerdocio tanto se habla hoy, y que también son discípulos de Cristo.

Como «no es el discípulo más que el Maestro», nadie ha de pretender practicar mejor el cristianismo de lo que El lo practicó, o de modo distinto al que él con su palabra y su ejemplo nos enseñó.

Pero en cuanto vamos a exponer miramos directamente a la actitud sacerdotal de los hombres «escogidos de entre los hombres para ocuparse de las cosas que se refieren a Dios» (Hebr. 5,1). A éstos se aplican primariamente —aunque no exclusivamente—, los siguientes textos del Nuevo Testamento: «Desempeñamos la función de embajadores de Cristo, de modo que Dios exhorte por medio nuestro a los hombres» (2 Cor. 5,20); «Como el Padre me envió, así Yo os envío» (Juan 20,21); «Yendo por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda creatura; el que creyere y se bautizare, será salvo; el

que no creyere se condenará» (Mc. 16,15.16); «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; yendo, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todas las cosas que Yo os he mandado; y Yo estaré con vosotros hasta la consumación del siglo» (Mt. 28,18-20); «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Act. 1,8).

Evidentemente, tanto más cumplirá el sacerdote su misión de embajador de Cristo, cuanto más se ciña a ella; tanto mejor anunciará su doctrina cuanto menos divague en otras cosas. Mas si en cosas temporales, o simplemente diferentes de las que Cristo enseñó con su ejemplo y su palabra, se entrometiere, como al fin hombre que no ha logrado despojarse totalmente de sí mismo para servir exclusivamente a Cristo, no podrá alegar en ello misión alguna sacerdotal.

Igualmente, tanto mejor testigo será cuanto más muestre a Cristo en toda su persona y acción; mas en cuanto se mostrare a sí mismo, no puede alegar virtud alguna o asistencia del Espíritu Santo, que sólo se le ha conferido para poder testificar a Cristo.

Pensamos que, proporcionalmente, vale esto también del simple cristiano, también testigo anunciador de Cristo como discípulo suyo: cuanto más se proyecte a lo eterno, y más se entregue a los intereses del reino de salvación de Cristo, tanto más procurará copiarle e imitarle, tanto más se desinteresará de las cuestiones temporales.

Parece, pues, evidente, que el sacerdote, en su encarnación entre los hombres, ha de imitar la encarnación de Cristo, copiándola cuanto pueda, participando en las ansias de los hombres en la manera y modo en que Cristo las participó, y reaccionando ante ellas como Cristo reaccionó.

En el aspecto político, la conducta de Cristo es clara e impresionante. Palestina era en su tiempo un hervidero de descontentos y rebeliones contra el dominio romano; un ansia de independencia, un sentimiento de irredentismo del que apenas podemos hacernos cargo, impregnaba todos los estamentos del pueblo, sin que se exceptuaran los mismos apóstoles, que esperaban de Jesús constituyera el reino independiente de Israel que sometiera a sí todos los pueblos (cf. Act. 1,7); irredentismo exasperado, que acabaría, poco más de treinta años tras la resurrección de Jesús, por arrastrar a la rebeldía total del pueblo, causando su dispersión por todo el mundo. Los que hablan de que el Evangelio ha de apli-

carse a las circunstancias, piensen un poquito en las del tiempo de Jesús y compárenlas con las actales o aun con cualesquiera previsibles.

Y en esas circunstancias, Jesús, que, como hombre y judío ciertamente era patriota, pero cuyo manjar era cumplir la voluntad de su Padre, se mantiene totalmente al margen: ni una sola alusión en todo el Evangelio a la opresión romana; ni una sola incitación a los discípulos o al pueblo a mantener el espíritu de rebeldía. Viene a predicar el reino de los cielos, el reino de Dios en las almas —«el reino de Dios está dentro de vosotros»—, no un reino terreno.

Sólo en dos ocasiones le obligan a pronunciarse. La una nos la narra San Lucas; la otra los tres Sinópticos.

Según San Lucas (13,1 ss.), «se habían presentado a Jesús, mientras estaba hablando, algunos que le dieron la noticia de los Galileos, cuya sangre Pilatos mezcló con sus sacrificios». En términos de hoy, se trata nada menos que de un asesinato cometido por la autoridad civil, imperante de hecho, dentro de una iglesia, y durante el sacrificio de la santa Misa; y de un asesinato masivo. Los pelos se nos ponen de punta, y comprendemos fácilmente la indignación de los judíos fieles ante tamaña profa-

nación, considerando la que nosotros mismos sentiríamos.

Mas la reacción de Jesús es humanamente bien desconcertante. Aprovecha la noticia *sólo* para llevar las almas a Dios, exhortando a penitencia, no para conmover los ánimos contra una autoridad que había incluso violado el derecho de asilo, reconocido en todos los pueblos de la antigüedad: «Y respondiendo díjoles: ¿creéis que estos Galileos fueran más pecadores que todos los demás Galileos? No, os digo; mas si no hiciereis penitencia, todos pereceréis igualmente» (Lc. 13,2.3).

Y a continuación añade Jesús el episodio de una torre en Siloé, que cayendo aplasta a dieciocho personas de Jerusalén, y deduce la misma conclusión: hacer penitencia para no perecer. Es probable que este último episodio se debiera también a Pilatos, reprimiendo unos rebeldes refugiados; pero no consta, y quizá fuera desgracia natural.

Si la reacción del sacerdote ha de ser la de Cristo, tanto ante las desgracias y calamidades naturales, como ante los crímenes de la autoridad política, o simplemente de los hombres malvados, debe ceñirse únicamente a inducir a sus oyentes a hacer penitencia y a abandonar el pecado, sabiendo que sólo éste es causa de todos los males que nos aquejan. Su misión, como sacerdote, no es arreglar di-

rectamente este mundo, sino arreglar a las almas en sus relaciones con Dios, buscando que ellas se conviertan, con lo que indirectamente quedarán mucho más eficazmente remediados todos los males del mundo.

La segunda ocasión en que Jesús es presionado a pronunciarse en el problema político es el conocido episodio del censo. La respuesta de Jesús: «Dad pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (Mt. 22,21; Mc. 21,17; Lc. 20,25), no muestra tampoco animosidad alguna contra el poder dominador, antes bien inculca sumisión, aunque a la vez precisa su alcance y su limitación; cuando lo que exige la autoridad civil se opone a lo que Dios exige y manda al alma, hay que obedecer antes a Dios que a los hombres, aun a costa del martirio, al que tantas veces nos exhorta Jesús que no temamos. Lo que en realidad a la autoridad civil se debe puede verlo el lector en Rom. 13,1-7, donde San Pablo lo precisa.

Puede decirse que la gran tentación de Jesús —tentación externa, pues internas jamás las tuvo—, fue la de ser rey, no sólo de Israel, sino del universo entero. Fue la última y definitiva tentación con la que el demonio pensó lograr de El que le adorara; fue la tentación del pueblo que se lo pedía, y del que hubo de esconderse varias veces para que no le pro-

clamaran; de los apóstoles que tenían cifradas sus esperanzas en ocupar en ese reino temporal los primeros puestos.

Por no asentir a ella —«mi reino no es de este mundo»—, Jesús se va quedando cada vez más solo, defraudadas las esperanzas de sus seguidores; por no asentir a ella, es traicionado por Judas; por no asentir a ella, muere solo en la cruz; pero con su soledad y con su muerte redime y salva al mundo.

También la gran tentación del sacerdote es convertirse en caudillo que polarice las ansias y ambiciones temporales de aquellos a quienes cuida; pero no es esa su misión. Si accede a la tentación, jamás será salvador como lo fue Cristo; si no accede, es muy posible que se quede cada vez más y más solo como Jesús. Pero no ha de importarle: es con esa soledad con la que ayudará a Jesús a salvar el mundo, y, pasado el hervor de las pasiones, las almas volverán a él para que las guíe hacia el cielo.

Los apóstoles, aprendieron, e imitaron, la conducta política de Jesús. Todos ellos judíos, sentían como judíos, y llevaban en las venas el patriotismo propio de los judíos, y de ello nos da más de una muestra el Evangelio. Aun cuando Jesús va a subir a los cielos, su gran ilusión era pensar en el momento en que instauraría el reino de Israel (Act. 1,7).

Pero tras la recepción del Espíritu Santo todo lo olvidan en aras de la propagación del reino de Dios; ni un solo resentimiento aparece en sus escritos y enseñanzas contra la autoridad vigente.

Algunos de ellos sobrevivieron a la destrucción de Jerusalén. Lo que debió humanamente dolerles no es fácil comprenderlo: no eran desarraigados; tenían parientes, más o menos cercanos, a quienes sorprendió la catástrofe de la guerra, y que hallaron en ella la muerte más cruel. Pese a ello, ni aun en los sobrevivientes —vgr. en San Juan—, es dable encontrar ningún resentimiento contra Roma; sólo ven en el mal una decisión divina, castigo de los pecados de un pueblo que no quiso recibir a su Salvador, y sacan como única consecuencia la necesidad de convertirse y hacer penitencia.

Imitaron a Jesús, que al anunciar esa ruina, sufrió y lloró amargamente a la vista de Jerusalén, lamentando su ceguera y sus pecados, pero no increpando a sus destructores.

CAPÍTULO X

SOCIOLOGIA DE CRISTO

Las circunstancias sociológicas en tiempo de Cristo son suficientemente conocidas. Conviene tenerlas presentes para compararlas con las actuales. Sólo así podremos conocer si la actitud de Cristo se debió a circunstancias transeúntes y no a cuestión de principio.

Había, en primer lugar, la esclavitud extraordinariamente numerosa, y, al menos en principio, sobremanera dura: el esclavo era más cosa que persona. Había una desigualdad social extraordinaria, con una idea de propiedad en que la proyección social de los bienes contaba bien poco —derecho de usar y de abusar de lo que uno persevera—. Había una pobretería casi masiva —«los pobres los tendréis siempre con vosotros», dice el mismo Jesús—. Pululaba la injusticia social.

Jesús casi no hace ni alusión a ese estado de desorden, que no obstante conoce; no hace organi-

zaciones para corregirlo, ni exhorta siquiera a que pública o socialmente se corrija; no excita a la rebeldía contra la situación social, ni a un activismo colectivo contra ella.

Sólo busca arreglar los corazones de los individuos, desprendiéndolos de lo terreno, y proyectándolos hacia lo transcendente, hacia los tesoros del cielo, hacia Dios. Si ha de venir una reforma social, ha de ser mediante la reforma previa de los corazones individuales: es ésta la que Jesús busca, a la que exhorta; lo demás se nos dará por añadidura. Y cuando alude a las injusticias y desigualdades sociales —alusiones en las que muestra cuán bien las conoce—, es sólo para deducir de ellas enseñanzas espirituales de orden sobrenatural, no para directamente corregirlas.

Recordemos dos de esas alusiones: la del juez inicuo (Lc. 18,2 ss.) y la del pobre Lázaro y el rico epulón (Lc. 16,19-31).

Existía un juez inicuo, que no temía a Dios ni a los hombres; pero una viuda insiste tanto en que le haga justicia, que acaba por otorgársela para que le deje en paz. Jesús no aprovecha la ocasión para hacer una soflama contra la injusticia de los jueces; simplemente se limita a enseñarnos la eficacia de la oración perseverante, que Dios, como bueno y justo, no desatenderá.

En la parábola del rico epulón, hace descripción viva de la desigualdad social más hiriente. Tampoco aquí truena contra un orden social que permita esas desigualdades. Se limita a inculcarnos la sanción eterna, sobrenatural, divina; el pobre Lázaro muere, y es llevado al seno de Abrahán, donde es feliz; el rico muere, y es sepultado en el infierno, donde será eternamente atormentado, y donde se le niega hasta el insignificante refrigerio de una gota de agua. En definitiva, nos dice Jesús, el pobre Lázaro es el verdaderamente feliz, el rico es el desgraciado sin remedio.

Contra la esclavitud, aunque sin nombrarla para nada, inculca la dignidad de todo hombre *como hijo de Dios,* y redimido con la sangre de Cristo; el que crea en su palabra, ya no tratará al esclavo como a esclavo, aunque los tenga (cf. Job 31,13-15); el que no crea, peor para él: Dios premiará hasta un vaso de agua que se dé a un discípulo de Jesús, pero castigará igualmente cualquier omisión ante su necesidad o desamparo. El verdaderamente feliz será entonces el esclavo maltratado, no el amo maltratante, en quien Dios hará justicia dura —a Jesús nunca le interesa el móvil de la justicia meramente humana.

A los pobres y afligidos no los exhorta a la rebeldía, ni a la violencia, ni siquiera los impulsa a

la acción, individual o colectiva, que pudiera humanamente liberarles de sus necesidades y aflicciones. Hace algo mucho mejor: los consuela notificándoles que son bienaventurados y dichosos, y a ellos, de un modo u otro, van dirigidas las ocho bienaventuranzas.

A los ricos les amenaza con la condenación eterna —«es más difícil que el rico se salve que el que un camello pase por el agujero de una aguja» (Mt. 19,24)—, recordándoles que no son propietarios, sino meros administradores de los bienes de Dios —recuérdese la parábola del mayordomo inicuo (Lc. 16,1)—, de los que han de usar para bien de los demás, como siervos fieles que aguardan la venida de su Señor, a quienes ha constituído sobre sus bienes para dar alimento a todos los domésticos en el tiempo oportuno. Si así lo creen y lo practican, bien para ellos, pues se salvarán; si así no lo creen y así no obran, peor para ellos, ya que se condenarán. No les amenaza con sanciones humanas; ni siquiera procura o induce a procurar a sus discípulos un orden social en que tales sanciones se den. A Jesús le basta con inculcar la sanción sobrenatural y eterna.

Busca así Jesús, en toda su enseñanza y comportamiento, reformar interiormente a cada hombre, y reformarlos sobre cimientos sobrenaturales; no bus-

ca arreglar o reformar el ambiente ni la legislación social para que por estos medios el hombre se corrija y reforme. La reforma de ese ambiente y legislación social ha de ser consecuencia natural indirecta de la reforma individual de la mayoría, no precisamente medio para obtener esta reforma.

Así indirectamente Jesús ha hecho más que nadie por la reforma justa del ambiente y legislación sociales; pero nunca directamente la buscó o procuró. Aunque es evidente que si todos los hombres —o muchos de ellos— se ajustaran a sus divinos mandatos y enseñanzas, esa reforma sobrevendría como fruto natural.

Y ésa es la misión del sacerdote: trabajar los corazones individuales de las ovejas, que debe conocer por su nombre, dejando lo demás a quienes llevan el orden temporal, sabiendo que sólo así prestará servicio eximio al mismo orden temporal. Inducir a todos, como Jesús, al desprendimiento y desapego de los bienes terrenos; en la misma medida que ese desapego aumente y sea por más hombres compartido, en esa misma medida disminuirá la extensión de la injusticia social.

El desentenderse Jesús de los asuntos temporales de los hombres alcanza extremos que difícilmente sospecharíamos, de no estar el testimonio del Evangelio.

Un hermano se las había arreglado para despojar a su hermano de la herencia paterna. Es ésta una injusticia que nos subleva con sólo oírla. El despojado se acerca a Jesús y le suplica: «Maestro, di a mi hermano que divida conmigo la herencia» (Lc. 12,13). Y Jesús le respondió: «Hombre, ¿quién me constituyó juez o partidor entre vosotros?» No quiere meterse en el asunto, ni siquiera para exhortar al despojador —que es lo único que le pedía el despojado—. Pero aprovecha la ocasión para dar enseñanza sobrenatural para el despojado y para el despojador, así como para todos los hombres.

Esas enseñanzas constituyen una de las páginas más bellas del Evangelio: «Mirad de evitar toda avaricia, porque la vida del hombre no depende de las cosas que posee» (Lc. 12,13-15), lo cual **corrobora** con la parábola del rico labrador que muere la misma noche en que estaba regodeándose en la seguridad que le daban sus óptimas cosechas (Lc. 12, 16-21). Y, finalmente, la exhortación a todos de que no tengan solicitud por nada temporal, sino que pongan su confiana en Dios, que cuida de alimentar a los pájaros y vestir a los lirios, y como Padre cuidará del sustento y del vestido de cuantos le busquen, pues sabe que de eso tenemos necesidad: «buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura» (Lc. 14,22-31). Y

termina con la exhortación final dirigida a todos, para que, desprendidos de los bienes terrenos, pongamos nuestro tesoro en los cielos: «No temáis, rebaño pequeñito, porque plugo a vuestro Padre daros el reino. Vended cuanto poseéis y dad limosna; haceros sacos que no envejecen, un tesoro inadmisible en los cielos: donde el ladrón no llega, ni la polilla desgasta. Pues donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón» (Lc. 12,32-34).

¡Si los sacerdotes aprovecháramos las injusticias sociales, cuya noticia nos llega, para deducir de ellas las enseñanzas que Jesús extrae, y para comunicarlas a los demás! Pues eso, y sólo eso, nos exige nuestra misión sacerdotal: que sintamos como Cristo, reaccionemos y obremos como Cristo, y como él enseñemos y consolemos. No querramos hacerlo mejor que él, inventando modos que de su imitación se aparten.

Se aduce a veces que el precepto de caridad obliga al sacerdote a capitanear la acción social, e incluso la rebeldía contra el orden existente, único modo eficaz —se dice— de ayudar en determinadas circunstancias a los demás. Pero la caridad hay que practicarla como Cristo la enseñó. Y Cristo nunca enseñó, no ya a sus sacerdotes, mas ni aun a sus discípulos, la actitud de rebeldía contra el orden social injusto existente, ni aun siquiera la acción

colectiva, organizada, dirigida a reformarlo. Preocupado de la salvación del individuo, exhorta a éste a que él se entregue al prójimo, sin preocuparse de si los demás se entregan o no; y uno se salva o se condena por lo que él, según sus posibilidades individuales, hizo o dejo de hacer por su prójimo.

El mismo Jesús nos propuso el modelo de cómo y cuál ha de ser nuestra caridad en la parábola del Samaritano. El objeto de ella es todo hombre que tropecemos, que Dios ponga en nuestro camino, mientras esté necesitado, espiritual o temporalmente. En el caso, un hombre al que los ladrones despojaran, cubrieran de heridas, y dejaran al borde de la muerte. Llega un sacerdote, lo ve, y pasa de largo: no quiere complicarse la vida —también el sacerdote, aun enseñando bien, puede no cumplir lo que enseña, y por ello condenarse—; pasa un levita, y obra del mismo modo. Pasa un samaritano, lo ve, y aunque es para él un perfecto desconocido, movido a compasión, lo atiende, lo cura como mejor puede, lo lleva a un mesón, y encarga lo cuiden, pagando por adelantado y prometiendo volver.

El samaritano se vuelca según todos sus medios personales para ayudar y socorrer al desgraciado; pero no se preocupa de despotricar contra los que antes de él han pasado por el mismo camino sin socorrerlo, dejándole a él el mochuelo, ni los juzga;

ni da pasos para arreglar una situación social que permite asaltos de ladrones a los caminantes y no provee el remedio de los que hayan sido despojados; mucho menos aún intenta encender rebeldías y descontentos. Se limita simplemente a volcarse totalmente, según todos sus medios individuales, en el remedio del desgraciado que ha encontrado, sin buscar siquiera para ello ayudas ajenas mientras por sí mismo pueda atender la necesidad, aunque con sacrificio.

Así sea nuestra caridad: volcarnos, según todos nuestros medios, en cada necesitado que nos salga al encuentro, que topemos —y es Dios quien nos hace toparlo—, como si esto fuera lo más natural del mundo. Entonces nuestra caridad será eficaz de veras. Y, sobre todo, será la caridad que Cristo quiere de nosotros.

CAPÍTULO XI

EL AMOR AL PROJIMO

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la Ley? Díjole Jesús: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente. Este es el mayor y principal mandamiento. Mas el segundo es *semejante* a éste: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». En estos dos mandamientos se condensa toda la Ley y los profetas (Mt. 22, 36-40; cf. Mc. 12,29-31; Lc. 10,25-27).

Del precepto del amor al prójimo da Jesús mismo en el Evangelio tres formulaciones graduales:

1. Amar al prójimo como a sí mismo (Mt. 22, 39; Mc. 12,30; Lc. 10,27); es la formulación del precepto de la Ley natural, que Jesús confirma y corrobora.

2. Amar al prójimo como a Cristo, o mejor, amar a Cristo mismo en el prójimo (Mt. 25,40-45); Act. 9,4-5); al tener a Cristo como objeto formal e

intencional del amor, estamos ya en un amor al prójimo exclusivamente *cristiano.*

3. Amar al prójimo como Cristo; la formulación más perfecta, de la que el mismo Jesús dice: «Un precepto *nuevo* os doy: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Juan 13,34-35; 15,12). Su cumplimiento es la suma perfección de la caridad cristiana.

I. Amar al prójimo como a sí mismo

Es precepto de ley natural, de hecho conocido e inculcado por todas las religiones, tanto primitivas como evolucionadas históricas, hasta el punto de que en Historia de las Religiones se le llama la Regla de Oro, en sus dos formas, negativa —«no hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti»—, y positiva —«haz a otros lo que quisieras que te hicieran a ti»—. Y prácticamente en todas ellas se vincula este precepto a la voluntad divina, que así lo quiere y exige de los hombres.

El «como a ti mismo» evangélico se puede interpretar como comparación —«ama a tu prójimo de modo semejante a como te amas a ti mismo»—, o bien como identidad —«ama a tu prójimo porque él es tú mismo»—. Es este segundo significado el que parece más probable, sin que por ello quite la individualidad, cual sucede en el matrimonio, según la enseñanza de San Pablo: «Los varones deben amar a sus mujeres *como* a sus cuerpos; el que ama a su esposa *se ama a sí mismo*... Cada uno de vosotros ame a su esposa *como* a sí mismo (Efes. 5,28-33); identidad que se expresa también en la fórmula de Jesús: «Así pues, ya no son dos, sino una misma carne» (Mt. 19,6; cf. Efes. 5,31).

El fundamento de esa identidad —que no destruye la individualidad—, y por lo mismo fundamento también del precepto natural de la caridad es el mismo Dios, creador de todo, que hace la unidad de la obra creada, compaginándola entre sí como si todos fueran miembros interdependientes de un mismo Cuerpo —aspecto que se perfecciona en el amor cristiano al convertirse ese Cuerpo en Cuerpo místico de Cristo—. La creatura sólo puede hacerse así bien a sí misma en cuanto actúa sobre las otras, haciendo el bien a las otras; y haciéndolo así perfecciona la obra divina, manifiesta más a Dios, da gloria a Dios.

No hay en la creación mónadas aisladas; las mismas partículas materiales nada pueden hacer sino obrando sobre otras, y en ese hacer u obrar se desarrolla la perfección de su ser.

Y esto vale especialmente del hombre, cima de la creación visible. Como en el cuerpo humano, cada

órgano y cada miembro sólo se robustece y adquiere salud en cuanto sirve a los demás, y enferma en cuanto se guarda algo para sí mismo o se centra en su egoísmo no queriendo buscar desinteresadamente el bien de los demás órganos y miembros, así el hombre individuo no puede aprovecharse nada a sí mismo si no es indirectamente, en cuanto busca y procura el bien de los demás.

Así aparece claro en la sentencia del Juicio final (Mt. 25,34-46): cuantos se salvan, se salvan por el bien que han hecho a los demás; cuantos se condenan, se condenan por no haber hecho bien a los demás. Mas el que se condena pierde tanto todo bien sobrenatural como todo bien *natural*, fracasando en todo orden como creatura. Síguese, pues, que ningún bien, ni aun natural, puede el hombre alcanzar, sino indirectamente, en cuanto hace bien a otros, en cuanto ama de verdad a los demás.

Si a veces parece que sacamos algún bien natural de nuestra actitud egoísta, es mera apariencia e ilusión, debido a la falta de perspectiva real de la presente vida. El que come un veneno sobroso, *parece* —y así lo cree él—, que le aprovecha; pero no le aprovecha para su bien natural, antes, por el contrario, le acarrea la muerte.

Esta interdependencia de los seres, derivada de la acción creadora unitaria de Dios, es el fundamen-

to natural de la caridad. Y ésta se nos hará mucho más fácil si sabemos y sentimos que ningún bien podemos hacernos, si no es indirectamente, haciéndolo a los demás. Y ese amor *es semejante* (Mt. 12, 31) al amor de Dios, tanto porque es amar a Dios en cuanto presente en y a las creaturas, cuanto porque, al ser conformación libre con el orden establecido por Dios, es sometimiento a su voluntad divina, cumplimiento de ella.

Si uno inculpablemente ignora a Cristo, este amor basta para salvarle: al conformarse con el orden por Dios establecido en la creación y perfeccionar su obra, perfecciona y hace bien, aun sin saberlo, al mismo Cristo, cabeza y fin de esa creación, ya que el misterio de la voluntad divina y su decreto eterno es «hacer a Cristo Cabeza de todas las cosas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra» (Efes. 1, 10).

Pero hay que conocer en algún modo a Dios, amar al prójimo por El. Es lo que han hecho todas las religiones. Mas si se olvida a Dios y se prescinde de El, o, lo que es peor, positivamente se le niega, el amor al prójimo se vuelve imposible por desaparecer su fundamento, la interdependencia que proviene de la acción creadora de Dios.

O bien se mantiene esa interdependencia, pero basada en una identidad de los seres que ya no pro-

viene de la acción creadora de Dios, y entonces se cae en el panteísmo. En éste, es posible una apariencia de amor; pero sólo apariencia, que esconde un profundo y realísimo egoísmo: el panteísta, en el fondo, se cree a sí mismo Dios, y a todo lo demás como instrumento o medio de su propio desarrollo: hará bien a los demás en cuanto crea conviene a su propio bien; dejará de hacerles bien la medida que a su propio bien crea no conviene; es decir, no tendrá nunca amor, sino egoísmo.

El cristiano en esto no puede tener duda alguna, y es por lo mismo verdaderamente maravilloso cómo tantos se dejan hoy engañar; verdaderamente inexplicable, si no supiéramos que el demonio está actuando para seducirles.

La Iglesia no ha admitido nunca la existencia de ateos de buena voluntad. Ateniéndonos tan sólo a los Documentos recientes, recordemos la cuarta fórmula del Canon: «Y cuando por desobediencia (el hombre) perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que *te encuentre el que te busca*». Así pues, todo el que busca a Dios lo encuentra, es decir, acaba creyendo en El. Y esa búsqueda es absolutamente necesaria para la salvación: el que no lo busca se condena; y como nadie se puede condenar sino por su mala voluntad, el ateo positivo,

mientras permanezca tal, es indudablemente de mala voluntad.

La necesidad de esa búsqueda sincera para salvarse la establece el Credo del Pueblo de Dios de Paulo VI: «Creemos que la Iglesia es necesaria para salvarse... Pero el designio divino de salvación abarca a todos los hombres; y los que sin culpa por su parte ignoran el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero *buscan a Dios con sinceridad* y, bajo el influjo de la gracia, se esfuerzan por cumplir su voluntad conocida mediante la voz de la conciencia, éstos, cuyo número sólo Dios conoce, pueden obtener la salvación». Así, los que buscan a Dios con sincero corazón pueden obtener la salvación (no los demás); por otra parte, según el Canon, lo encuentra el que lo busca. Luego, quien no ha encontrado a Dios es porque no lo ha buscado con sincero corazón, y no puede salvarse, se condena por su culpa y mala voluntad.

Esa mala voluntad y consiguiente condenación, afecta también a todos aquellos que, habiendo recibido suficientemente la predicación del Evangelio —y cuando esta recepción haya sido suficiente Dios lo sabe—, lo rechazan, y no admiten la Iglesia instituída por Cristo, aunque crean en Dios: «Yendo por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda creatura; el que creyere y se bautizare, se salvará; mas

el que no creyere se condenará) (Mc. 16,16); «Si Yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa alguna de su pecado» (Juan 15,22).

Respecto a la falacia y engaño del amor ateo, o incluso del amor de aquellos que, confesándose cristianos, propugnan un amor filantrópico que prescinde de Cristo como su fundamento —cual nos tiene ya bastante acostumbrados la Institución de Cáritas—, baste recordar las palabras de Cristo, cuando se presenta a sí mismo como buen Pastor: «El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube a él por otra parte, ese es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, es pastor de las ovejas... En verdad, en verdad os digo, que Yo soy la Puerta de las ovejas... El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Yo vine para que tengan vida, y la tengan más abundante» (Juan 10, 1.7.10).

Así, el que viene a nosotros ofreciéndonos amor, pero sin pasar por Cristo, sin venir en su nombre, prescindiendo de El, ya sabemos por Jesús que es falso pastor, que no busca nuestro bien, no nos ama, sino que intenta nuestra destrucción y nuestra ruina. Si uo se dejara, pese a todo, engañar, no eche la culpa a nadie, sino a sí mismo, que ha negado fe a las palabras de Cristo por seguir las palabras de

los hombres enemigos de Cristo y del mismo hombre. Y lo mismo vale de quienes, no conociendo explícitamente a Cristo, por no haberles sido suficientemente predicado, nos ofrezcan amor al margen de Dios, al que conocerían si tuvieran buena voluntad y amor sincero. Por eso pudo decir San Pablo: «El que ama al prójimo, cumplió la Ley» (Rom. 13,18), porque siendo imposible el verdadero amor al prójimo sin el amor a Dios, del que deriva, quien ama al prójimo es porque ama a Dios, y así reúne en su corazón los dos amores, en los que Jesús condensó toda la Ley y los Profetas.

Es, pues, claro, según la fe, que el amor al prójimo, en cuanto lo expresa el precepto natural de esta primera formulación, ni se da, ni se puede dar sin Dios, tanto si uno es simplemente ateo, como si —lo que es peor, por suponer aún más orgullo— es panteísta; el manteísta es falso profeta, es salteador del rebaño, que disfraza su egoísmo radical con el nombre engañoso de amor, basado en una identidad universal de la cual él se siente el centro y el compendio.

Capítulo XII

LA CARIDAD FRATERNA O AMOR CRISTIANO

El amor al prójimo se convierte en amor cristiano o caridad cuando se centra en Cristo como su objeto formal, su fuente y su modelo.

En el Evangelio se nos dan dos formulaciones complementarias. La primera es amar al prójimo como a Cristo, viendo a Cristo en él; la segunda, amar al prójimo como Cristo nos ama, dándose así un modelo perfectísimo a nuestro amor.

Ambas formulaciones son exclusivas del cristianismo, elevando así inconmensurablemente el amor cristiano al prójimo sobre el amor prescrito por la Ley natural y conocido y recomendado por las demás religiones.

I. Amar al prójimo como a Cristo

Aquí el cómo expresa identidad: el amor al prójimo es amor a Cristo. Así aparece en la sentencia

del juicio de un modo general: «Lo que hicisteis a uno de éstos... a Mí me lo hicisteis... Lo que a uno de éstos no hicisteis... a Mí no me lo hicisteis» (Mt. 25, 40.45); y se formula muchas otras veces de un modo más particular: «Quien a vosotros oye a Mí me oye; quien a vosotros desprecia, a Mí me desprecia» (Lc. 10,16); «Quien os recibe a vosotros, a Mí me recibe; y el que me recibe a Mí, recibe a Aquel que me envió» (Mat. 10,40); «El que recibiere a uno de estos pequeñuelos en mi nombre, a Mí me recibe» (Mt. 18,5); «En verdad, en verdad os digo: quien recibiere al que yo enviare, me recibe a Mí; y quien me recibe a Mí, recibe a Aquel que me envió» (Juan 13,20); y a Saulo, que perseguía a los cristianos, se le aparece Jesús en el camino de Damasco, y le dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues...? Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Act. 9,4.5).

En el amor del precepto natural el término formal era Dios, y aun éste con frecuencia en gran modo desvahído; el término real era ya entonces Cristo, según vimos; pero término implícito, por desconocido de los que cumplían el precepto del amor. Mas el cristiano toma conciencia en fe del término real del amor al prójimo; y ese término real es Cristo mismo. Y como Cristo es Dios, el amor al prójimo es formal y verdaderamente para el cristiano amor a Dios. Por eso el segundo man-

damiento es *semejante* al primero, porque es el mismo amor a Dios, amor a Cristo, manifestado y plasmado en el amor a los hombres. Por eso la virtud cristiana de la caridad es una, porque ya se ame directamente a Dios o al prójimo, su objetivo formal es único: Dios, Cristo hombre-Dios.

La medida del amor cristiano al prójimo no es ya el amor a sí mismo, sino el amor a Cristo, que debe ser amado más que uno mismo (cf. Mt. 10,37-39; Lc. 14,26; 17,33; Juan 12,25). Concretamente, el cristiano debe hacer por su prójimo los mismo que estaría dispuesto a hacer por Cristo en persona. El amor natural toma así en la caridad cristiana vuelo incontenible, que, a pesar de ello, jamás alcanzará la cima debida, porque nunca amaremos a Cristo como Cristo merece, ni al prójimo como lo merece Cristo.

Así, el precepto cristiano de caridad, igual que el del amor a Dios, no tiene límite; nunca, mientras seamos viadores, lo cumpliremos perfectamente; lo único que podemos hacer es mantener una tendencia exasperada hacia su cumplimiento, sin estar jamás satisfechos de lo que amamos, manteniéndonos así siempre en humildad, virtud típicamente cristiana, que a Dios sólo da gloria.

El fundamento de esta formulación del amor al prójimo sigue siendo la identidad; pero no la de

los hombres entre sí, sino la de los hombres con Cristo, como miembros suyos.

La interdependencia natural de toda la obra creada ha sido elevada por Dios a una interdependencia de orden sobrenatural vinculando a Cristo como Cabeza toda la creación (Efes. 1,9.10); por eso el amor cristiano se extiende a todo lo creado. Pero alcanza su cenit en el amor a todos los hombres, miembros reales del Cuerpo místico de Cristo, ya actuales por estar incorporados por la fe, ya potenciales, por estar llamados a ella, como redimidos por Cristo; somos hueso de sus huesos y carne de su carne, en expresión de San Pablo.

La doctrina neotestamentaria de esta realidad del Cuerpo Místico de Cristo es tan patente que no nos entretenemos aquí a declararla. Baste indicar sus consecuencias en orden al amor al prójimo-amor a Cristo. El obsequio y cuidado prodigado a un miembro, se hace a la persona cuyo es ese miembro; y el mal o daño que se le inflija, es daño o mal infligido igualmente a la persona cuyo es el miembro. Si Cristo nos ha asumido como miembros suyos, es patente que todo cuidado o desatención, todo amor o desamor que tengamos con otro, lo tenemos con Cristo mismo: «Lo que a uno de éstos hicisteis, a Mí lo hicisteis; lo que a uno de éstos no hicisteis, a Mí no lo hicisteis».

II. Amar al prójimo como Cristo nos ama

Esta formulación, aunque supone la anterior, de la que es complementaria, marca la cima y perfección del amor de caridad fraterna.

Por una parte, muestra el modo que ha de revestir nuestro amor al prójimo, cómo ha de cuajar su expresión concreta; por otra, me indica que al amar al prójimo, ya no soy yo quien amo, sino que es Cristo quien lo ama en mí y por mí —no puedo amar como Cristo, si Cristo no pone su amor en mí, cual lo hace por su gracia—. Así inculca la humildad en el que ama, que se siente como mero instrumento de Cristo, como miembro que actúa bajo su influjo en servicio de los demás miembros, con entrega plena.

Como supera el amor de Cristo al mío, así supera esta formulación a la anterior: si amare a Cristo con *mi amor* siempre le amaré muy poco, y muy poco amaré a mi prójimo; sólo lograré un amor digno si lo amo con el mismo amor de Cristo, si el mismo amor de Cristo está en mi corazón para hacerme amar con él, según lo afirma el Apóstol: «La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que se nos dio» (Rom. 5,5).

El cristiano no busca así amar por sus propias fuerzas; busca más bien entregarse a Dios totalmente, y ponerse en sus manos como un instrumento, como miembro dócil a su cabeza Cristo, para que Cristo ame y haga el bien a los demás por medio de él, a fin de que el hombre como desaparezca, y sea ya Dios todas las cosas en todas las cosas (1 Cor. 12,28), Dios «el que obra todas las cosas en todos» (1 Cor. 12,6).

Precisamente por ser formulación perfectísima del precepto de la caridad, Jesús la proclama con toda solemnidad, destaca su novedad, y la pone como característica del cristiano: «Un mandato nuevo os doy: que os améis unos a otros como Yo os he amado, para que también vosotros os améis mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis mutuamente» (Juan 13,34.35); «Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros, como Yo os he amado» (Juan 15,12); cumplir ese mandamiento es el signo infalible de que le amamos, y de que la Trinidad habita y actúa en nosotros y por nosotros: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y estableceremos en él nuestra morada» (Juan 14,23).

Si hemos de amar al prójimo como Jesús nos ama, conviénenos detenernos algo en contemplar el

modo del amor de Cristo, pues sólo imitándolo será nuestro amor verdadero.

El objeto primario del amor de Cristo es nuestra salvación: «Vine para que tengan vida, y la tengan más abundante» (Juan 10,10); y busca esa salvación por cumplir la voluntad de su Padre, por amor a su Padre: «Mi manjar es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado, y llevar a cumplimiento su obra» (Juan 4,34); «Yo hago siempre cuanto a El le agrada» (Juan 8,29). Y «ésta es la voluntad de mi Padre, que me envió: que nada pierda de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Esta es la voluntad de mi Padre, que me envió: que todo el que ve al Hijo, y cree en El, tenga la vida eterna; y yo le resucitaré en el último día» (Juan 6,39.40). Si hemos de amar como Cristo nos ama, nuestra caridad ha de tener como objeto principal formal la salvación ajena, y ha de buscarla porque así la quiere Dios. Toda caridad que mediata o inmediatamente no busque esa salvación, no será verdadera caridad, porque no será como la de Cristo.

Objeto secundario de la caridad o amor de Cristo a nosotros fue el consolarnos en las aflicciones de esta vida con la esperanza del eterno —Bienaventuranzas—, y remediar, según su posibilidad individual humana, las necesidades con que tropezaba,

pasando haciendo el bien, prodigándose a todos, sanando a cuantos el demonio oprimía. Así nosotros hemos de consolar a los demás, pero sobrenaturalmente como lo hizo Cristo, inculcándoles la esperanza de la vida eterna, predicándoles las bienaventuranzas, por más que el mundo de hoy se ría de ellas; y ayudarlos materialmente según nuestras posibilidad individual, como lo hizo el samaritano, y como lo hizo el mismo Jesús dando limosna de su pobreza, y consolando a todos.

Pero, según vimos al hablar de la política y sociología de Cristo, no es objeto de su caridad o amor hacia nosotros reformar el mundo, la legislación, o la situación social ambiente, sino en cuanto busca reformar los corazones individuales para la vida eterna. Por lo mismo es a esa reforma individual para la vida eterna a la que deben dirigirse los esfuerzos de nuestro amor al prójimo, y sólo por esa vía buscaremos y lograremos la reforma del ambiente.

Y el modo con que se ejerce ese amor de Jesús a los hombres es la entrega total de Cristo desde que nace hasta que muere y resucita —«mi manjar es cumplir la voluntad de mi Padre», y esa voluntad es que salve al mundo, que no rechace a nadie de los que el Padre le envía—. Y es una entrega total que comporta el sacrificio también total, la renuncia a todo por nosotros, a su honor, a su comodidad, a su gloria, a su misma vida. Como dice la Imitación de Cristo: «Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio»: sacrificio que se consuma en su Pasión, en la que carga sobre sí, y hace suyos, todos nuestros pecados, todas nuestras miserias, todas nuestras aflicciones, todos nuestros males, para así remediarlos.

¿Procuramos nosotros amar así como Jesús? Aunque nunca podremos estar satisfechos de amar como él amó, queda en pie la invitación de su ejemplo; y esa invitación nos lleva a ofrecernos como víctimas en unión con El y para el triunfo de su reino de amor en el mundo; muchas víctimas, totalmente unidas a Jesús víctima, que hagan suyos los pecados del mundo y reparen y sufran por ellos. Es el único modo de imitar de verdad el amor de Cristo, el único modo de contribuir a la implantación de su reino de salvación. Víctimas como las pedía y deseaba Pío XII en la Encíclica sobre la Reparación al Corazón de Jesús (*Miserentissimus*), víctimas como las desea Jesús mismo, totalmente unidas a El y entregadas como El a la acción justiciera y amorosa del Padre para completar lo que falta a la Pasión de Cristo, y así redimir y salvar con El al mundo.

Capítulo XIII

EL AMOR A DIOS, Y EL TRATO CON EL POR LA ORACION

«Maestro, ¿qué he de hacer para poseer la vida eterna...? Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a tí mismo» (Lc. 10,25.27).

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento por antonomasia más grande en la Ley? Replicóle Jesús: Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el mayor y primer mandamiento» (Mt. 22,36.37).

Por obra de la sugestión diabólica e influjo del espíritu del mundo va penetrando cada día más en amplios sectores de cristianos la idea anticristiana de que no es menester amar a Dios, siendo suficiente almar al prójimo, ya que Dios para nada necesita de nuestro amor. Con ello se convierte al hombre en centro de la religión, y Dios queda cada

vez más olvidado y preterido, hasta el punto de que en esos mismos sectores se habla de la «muerte de Dios», no todavía en el sentido de que se niegue su existencia —también a eso se llegará—, sino, por ahora, en el sentido de que se niega su presencia activa en nuestra propia existencia, que habría de discurrir al margen de El.

Bastaría, para destruir este error, recordar lo que dijimos de que no existe ni puede existir verdadero amor al prójimo que no proceda del amor tenido a Dios. Pero dada la importancia del tema para la vida cristiana, indicaremos sumariamente aquí la importancia y necesidad primaria del amor a Dios, cual consta por el Evangelio, los Sacramentos y la Misa.

En el Evangelio se nos pone como primero y principal mandamiento «amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas, con toda tu alma»; quien pretendiere que basta amar al prójimo, con olvido de Dios, falta al primero y principal mandamiento del Señor.

Jesús mismo contrapone el amor al prójimo con el amor que a El le debemos, y nos asegura que el amor directo a El debe superar a todo otro amor: «Vine a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán sus familiares. El

que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a Mí, no es digno de Mí» (Mt. 10,35-37); «Si alguno viene a Mí, y no odia a su padre, y a su madre, y a su esposa, y a sus hijos, y hermanos y hermanas, e incluso a su propia alma, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14,26.27); «Y todo el que abandonare casa, o hermanos, o hermanas, o padre o madre, o esposa, o hijos, o campos, por causa mía, recibirá el céntuplo, y poseerá la vida eterna» (Mt. 19,29).

Y no sólo exige Jesús un amor tan intenso, contrapuesto al debido al prójimo, aún el más vinculado a nosotros, sino que nos advierte que el cumplimiento de sus preceptos, y en especial de su gran precepto del amor fraterno, ha de derivar y sólo puede derivar del amor que a Jesús mismo profesemos: «Si alguno me ama, guardará mi palabra... el que no me ama, no guarda mis palabras» (Juan 14, 23.24); «Mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros *como Yo os amé*» (Juan 13,34) —mandamiento evidentemente imposible de cumplir si uno no tiene la vista fija en Jesús para conocer cómo ama El e imitar su amor.

Finalmente, nos asegura la imposibilidad de dar fruto alguno —y menos fruto de amor al prójimo—, si no estamos directamente unidos a El: «Permane-

ced en Mí y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede hacer fruto de sí mismo, si no permaneciera en la cepa, así tampoco vosotros, si no permaneciereis en Mí. Yo soy la cepa, vosotros los sarmientos; quien permanece en Mí, y Yo en él, ése hace mucho fruto; porque sin Mí nada podéis hacer» (Juan 15, 4.5).

Por eso, quien se dejare engañar por la insidia de otros fingiendo amor sin pasar por El, que es la puerta, son salteadores y ladrones, que no buscan más que destruir y matar (Juan 10,1.70). Por eso nos inculca: «Permaneced en mi amor» (Juan 15, 9). Por eso, quien se dejare engañar por la insidia del amor laico, muestra haber perdido ya la fe, no ser cristiano, aunque él se crea tal. Mas quien conserva la fe ansiará poder verdaderamente decir con San Pablo: «Para mí, Cristo es mi vida, y el morir (para reunirme con El) verdadera ganancia» (Filip. 1,21); «Ya no soy yo quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal. 2,20); «Todo lo he reputado como pérdida, y lo juzgo como basura, para ganar a Cristo» (Filip. 3,8).

Recordemos también la insistencia con que en todo el Nuevo Testamento se nos insiste en la necesidad de la oración —y de la oración continua—, que es *trato directo con Dios.* Quien sostiene bastar con el amor laico fraterno ha de poner entre pa-

réntesis toda esa parte tan importante de la revelación, para sustituirla por sus propias opiniones personales, por la necedad de su sabiduría humana. No podemos aducir aquí ni siquiera una muestra de esos textos, que por lo demás son de todos conocidos.

Pasemos ahora a lo que es la vida del cristiano. Esta viene informada principalmente por los sacramentos y por el sacrificio eucarístico, que es la oración pública por excelencia.

Ahora bien, todos los sacramentos miran directamente a Dios, a la unión con él, y sólo indirectamente, derivadamente, al prójimo.

El bautismo, en virtud de la misma forma con que se administra —«en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»— nos consagra directamente a Dios, de quien nos hace hijos —y sería verdaderamente monstruo el hijo que se olvidara, o creyera no era importante amar a sus padres y tratar con ellos—. La confirmación *confirma* y robustece los efectos del bautismo. La penitencia o confesión nos reconcilia *con Dios,* reintegrándonos a su amistad cuando la hemos perdido, o robusteciéndola cuando se ha debilitado. La comunión eucarística, por mucho que hoy se la pondere como comunión entre hermanos, es ante todo y sobre todo comunión con Cristo, unión con Cristo, que sería una monstruosidad si no la presidiere el amor a ese mismo Cristo; y

sólo en cuanto nos une a Cristo nos une también a los hermanos, miembros de Cristo. La ordenación sacerdotal consagra al sacerdote primariamente para dedicarse a las cosas que pertenecen a Dios, aunque con ello sirva a los hombres: «Todo sacerdote tomado de entre los hombres, se constituye para representar a los hombres en las cosas que miran a Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados» (Hebr. 5,1), de modo que el sacerdote que se dé a los hombres y a sus intereses temporales, olvidándose, o dando como secundario el trato con Dios y su servicio, ni cumple con su sacerdocio ni hace, como sacerdote, bien alguno a los hombres: ha hecho fracasar su ordenación sacerdotal. La extremaunción nos unge como víctimas que, unidas a Jesús por la muerte, han de glorificar al Padre como Jesús le glorificó en su muerte. Y el mismo matrimonio, aparentemente el *más humano* de los sacramentos, es, precisamente, sacramento en cuanto consagra a los contrayentes para que copien la unión de Cristo y la Iglesia en sus relaciones de amor y fecundidad, copia que sería imposible de ejecutar si no tuviera fija su mirada en el amor de Cristo para imitarle.

Respecto al sacrificio eucarístico o Santa Misa, aunque hoy sea tan frecuente destacar casi exclusivamente su aspecto de *reunión fraternal*, no es éste el aspecto exclusivo, ni siquiera el principal:

es una reunión de hermanos, *hijos de un mismo Padre,* que se reúne precisamente para honrar a ese Padre —no para abanicarse mutuamente—, para implorar de El cuantas gracias y bienes necesitan, para esperarlo todo de El y confesar que todo lo han de recibir de El; y se sienten unidos como hijos suyos, precisamente por la presencia del Hijo natural Cristo Jesús, por quien hacen todas sus súplicas, y de quien participan la filiación y la hermandad al recibirle, tras haberles ganado el mismo Cristo la posibilidad y facilidad de esa participación con su sacrificio.

En primer lugar, casi toda la Misa es un coloquio directo con el Padre celestial, a quien se pide todo, de quien se espera todo. Nunca se pide, ni se espera nada de los hombres; parece como si los hombres no contaran en la santa misa, si no es para ser meros objetos de misericordia y de la bondad divina, o para exhortarlos brevemente, de manera alada, a echarse en brazos de Dios, no en brazos de los hombres —«El Señor esté con vosotros. —Levantemos el corazón. —Demos gracias al Señor nuestro Dios. —La bendición de Dios todopoderoso, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros. —Id en paz».

Y en las partes variables: las lecturas son de palabra de Dios, para escucharla y procurar cumplir·

la, no de palabras de los hombres; las oraciones son todas dirigidas a Dios, por medio de su Hijo Jesu-Cristo —ni una sola súplica a los hombres, sino por los hombres—; y los diversos fragmentos de himnos —introito, gradual, ofertorio, comunión— son siempre un clamor del alma a Dios, nunca una orientación del alma hacia los demás hombres.

De éstos nada se espera. Casi parece que tampoco nada se les debe; todo se debe a Dios, todo se espera de El. Ponerse a bien con Dios es lo que respira toda la liturgia de la Misa, porque de estar bien con El se seguirá de necesidad que, por nuestra parte, estemos bien con los hombres, los amemos como los ama el Padre, nos sacrifiquemos por ellos como se sacrificó Cristo.

Recorra cada uno esas partes variables de todos los domingos del año, y se maravillará de la necedad y osadía de los que piensan que el cristiano puede olvidarse de Dios, bastándole amar al prójimo. Baste una muestra del tiempo de después de Pentecostés: «Te amaré, Señor, fortaleza mía... Señor y Dios mío, en Ti he esperado, sálvame de todos mis perseguidores, y líbrame... Cantaré al Señor, bienhechor mío... A Ti, Señor, levanté mi alma; Dios mío, en Ti confío... Esperen en Ti cuantos conocen tu nombre, porque no abandonas a los que te buscan... El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién

temeré...? Sé refugio de los pobres en la tribulación... Alumbra mis ojos... Escucha mi voz... Vuélvete a mirarnos... Una sola cosa pedí: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida... El Señor es la fortaleza de su pueblo... Afianza mis pasos, para que no vacilen mis pies... Dios dará a su pueblo unidad, valor y fortaleza... Da paz, Señor, a los que en Ti esperan... Todos tienen los ojos puestos en Ti, Señor, y tú los alimentas...». Todo se pide a Dios, todo se espera de El, y el alma no sabe si no es volverse a El.

El que quiera contentarse con amar al prójimo olvidándose de Dios, ha de renunciar a la Misa, a los Sacramentos, a la comunión, a la oración, ha de mutilar el Evangelio; ha de rechazar el primero y principal mandamiento de los dos a que redujo la Ley Jesús. Tras todas esas renuncias y apostasías, podrá llamarse, o podrán algunos llamarlo, cristiano; pero ciertamente no lo es; y, además, ya no amará al prójimo.

Capítulo XIV

EL PANTEISMO QUE DESEMBOCA EN EL ANTICRISTO

«Seréis como dioses» (Gén. 3,5).

El error que inficiona a grandes sectores de católicos hoy día es un panteísmo, no por larvado menos real. Se introduce en ellos disimuladamente, bajo el signo del amor laico filantrópico, porque de otro modo no podría engañarles, al conservar aún la fe. Pero se hará cada vez más manifiesto, a medida que esa fe se vaya destruyendo, corroyendo.

Interesa, por lo mismo, desenmascararlo pronto, si se quiere proteger la fe de los incautos.

La religión tiene como término último a Dios; es la relación del hombre con Dios, de la creatura racional con su Creador.

Si se pone como término de la religión prácticamente exclusivo el hombre, si su verdadera y única manifestación auténtica es el amor al hombre en sí,

prescindiendo de Dios, el hombre, al ser término de la actitud religiosa, se convierte en Dios. Y ése es el espectáculo cada vez más amplio al que estamos asistiendo.

Añádase que el olvido y la precisión de Dios lleva inexorablemente a su negación como algo innecesario y que estorba. Negado Dios y su creación, no queda más realidad que la naturaleza, principio y hontanar de todo, verdadero objeto de nuestra adoración. Y como en la naturaleza, según vimos estrechamente vinculada e interdependiente entre sí, la cima la ocupa el hombre, es éste el que acaba por considerarse como verdadero Dios, el término a cuyo progreso y desarrollo se ordena todo cuanto existe, que en el hombre ha alcanzado la cima de sus realizaciones.

Es verdad que existen naturalezas superiores —ángeles y demonios—; ellas parece habrían de ser el término de nuestra adoración. Pero como no son perceptibles por la experiencia sensible, es fácil suprimirlas por la negación. De ahí que observemos con qué frecuencia se pone en duda primero la existencia de esas naturalezas —que la revelación divina nos testifica—, y con qué facilidad se las niega después: su admisión estorbaría la adoración del hombre. Y el demonio queda encantado, porque siendo él quien por odio a Dios instiga este proceso, se

siente, por superior al hombre, cima de la naturaleza y verdadero objeto de adoración, como instigador de sus desvíos, ya que los ángeles no quieren ser adorados, y así no le disputarán es honor.

La tentación panteísta es muy antigua: es halagador sentirse Dios; parece que ya fue la tentación que sedujo a nuestro primer padre. Su base es el orgullo, que primero niega a Dios para rechazar toda sujeción; pero luego se afirma Dios a sí mismo, para dominar, o creer dominar todo lo demás.

Negada la creación, y con ella la existencia de un Dios transcendente, le es fácil a ese orgullo humano identificar todas las cosas, para luego sentirse cabeza rectora de todas ellas.

Ese es el proceso de todo panteísmo, tanto si es materialista, como si es idealista o espiritual. En el primero, el hombre panteísta se siente cima y cabeza de la evolución de la materia increada, como si él fuera a la vez el término de toda la actividad creada y hubiera de ser en adelante su rector y dirigente. En el segundo, el hombre panteísta se siente como ser único, que crea a su arbitrio los mundos y las cosas con sólo su pensamiento, ya que nada tiene realidad sino en cuanto él lo piensa, y todo se destruye con que deje de pensarlo: todo es proyección de la mente del hombre.

Pero el proceso psicológico panteísta tropieza con una gran dificultad: la experiencia de la irreductible limitación y miseria de la creatura racional del hombre concreto. Es por ella difícil mantener la persuasión constante de que uno es el centro, término, finalidad y rector de todo cuanto existe. Por eso el panteísmo ha sido siempre fenómeno de muy escasas minorías. Minorías que sólo pueden llegar a esa actitud tras una severa ascesis que les desvincule en gran parte de la experiencia externa, y les haga sentir experiencias profundas íntimas, entre ellas la de la propia espiritualidad, inmortalidad e independencia radical del ser humano de cuanto le rodea —independencia que todo cristiano sabe y conoce por su fe—. Cuando se llega a esa experiencia, y el hombre en su orgullo rechaza la sumisión a Dios, cae de verdad y con toda facilidad psicológica en el pantesísmo, en creer el Absoluto, Dios. Por eso todos los misticismos no teístas acaban cayendo en el panteísmo.

Pero es una ascesis difícil, y siempre de pocos; y aún son menos los que unan a ella un orgullo total; y como ambas cosas se requieren para sentirse Dios, el panteísmo ha sido siempre actitud de pocos, incluso en aquellos países y religiones que pasan por ser el centro del panteísmo, cual sucede con el hinduísmo, budismo y taoísmo: el pueblo es ahí también teísta; sólo minorías ínfimas —aunque sean

naturalmente las que escriban y hablen— son y se sienten panteístas. Por eso podríamos decir que el panteísmo, hasta hoy, ha sido inofensivo, causando la ruina de quienes lo profesan, pero sin perjudicar a los demás. Que un filósofo, o un místico natural, se sienta Dios, y crea que todo es proyección suya, no conmueve ni cambia la vida de los demás hombres, que a lo sumo los compadecen, como raros o locos.

Mas el panteísmo de hoy, el que domina el mundo, no se basa principalmente en el ascetismo y la concentración interior que busca el dominio de sí mismo para sentirse Absoluto, sino principalmente —aunque no exclusivamente— en el ansia de poder y de dominio, en el endiosamiento, que produce la posesión de las grandes riquezas. Estos, tomando los presupuestos ideológicos de sus predecesores —especialmente de la Cábala—, no se contentan con sentirse en sí mismos dioses, meciéndose en sus sueños: faltos de la profunda experiencia que hubieran de provocarles el ascetismo y la concentración interior, ese sentimiento no puede satisfacerles. Por ello, para sentirse de verdad dioses, se ven impelidos a adquirir el dominio despótico de todo lo creado, especialmente de los amos, sustituyendo al verdadero Amo que es el Creador.

Para ello hay que lograr que los hombres dejen de adorar a Dios. El medio es halagar al hom-

bre, fomentando su orgullo, aprovechándose también de sus intereses y concupiscencias.

Dada la limitación radical del individuo humano, han desistido de predicar la divinización del hombre individual. Pero esas limitaciones se disimulan en el conjunto de los hombres en la humanidad. El verdadero Dios es la Humanidad: un Dios que se va haciendo, que va tomando conciencia de sí mismo cada vez más profunda, que está llamado a superar todas las limitaciones, a realizar todos los imposibles gracias a los progresos de la ciencia y de la técnica; Dios que se ha ido realizando, a través del innumerables siglos de evolución, hasta alcanzar la cima de la Humanidad actual, que es sólo como el comienzo de la realización que le espera.

Para hacer más halagüeña la aceptación de todo esto, se predica al hombre como centro de toda actividad; la religión es el servicio del hombre, procurar su máxima felicidad en esta tierra, felicidad que se describe y concibe como meramente material y temporal; el amor de hombre es la suma de la verdadera religión.

Simultáneamente, se despersonaliza al hombre, procurando destruir su voluntad por medio de las drogas; adormecer su espiritualidad por las comodidades materiales; animalizarlo mediante la sexualidad y pornografía; desarraigarlo de cuanto había

protegido su fe, destruyendo u omitiendo cada vez más todo el patrimonio clásico y tradicional en la enseñanza en que se había formado; quitar las últimas resistencias a admitir un dominio humano despótico de esa minoría regente destruyendo los últimos restos de nacionalismo —de sentimiento patriótico, nacional, local—, sintiéndose sólo miembro amorfo de la humanidad; provocando la anarquía en todas partes mediante las subversiones internas, a fin de que, al llegar la hora debida y oportuna, reciban como liberación de esa anarquía la esclavitud a que quieren someterles.

Convertido así el hombre en animal, nada costará someterle a esa minoría rectora, e instigadora de cuanto pasa y sucede. La humanidad, cuya dignidad tanto se predica, y tanto se está conculcando, se hallará como rebaño de vacas o de ovejas en manos de esa minoría, que la explotará a su gusto, la dirigirá a su arbitrio, contentándose con darle el alimento y el placer que suelen proporcionar a sus animales los dueños de ellos.

Entonces, los que constituyen esa minoría se sentirán verdaderos dioses, que invisiblemente dominan la humanidad entera. Mientras ésta, a la que se sedujo con un espejismo de divina grandeza y de libertad y dignidad no basada en Dios, estará sumergida en la esclavitud más horrorosa que jamás se

haya conocido, y en la adyección más inimaginable. Entonces, aunque demasiado tarde, podrá verse cómo cuantos nos predican amor y filantropía al margen de Jesús, no son más que salteadores que sólo buscan destruir y matar.

Así se entiende perfectamente cuanto está pasando, cuanto aflige y desconcierta a la misma Iglesia de Dios. Y no se maravilla uno de su coincidencia admirable en todos los puntos de la tierra, al saber que todo va dirigido y provocado por las mismas manos.

Recordemos, como muestra: el modernismo, sólo temporalmente reprimido por Pío X, que da como relativas todas las definiciones dogmáticas, creación subjetiva del espíritu del hombre según su grado de evolución, siendo el hombre la fuente de la formulación dogmática, no la revelación; la vacilación con que se ha logrado muchos miren tanto los dogmas como los principios morales, cual si fueran mudables y debieran adaptarse a las circunstancias mudables humanas —cosa evidente, si la humanidad es Dios—; la idea en tantos arraigada, y formulada, ya velada y equívocamente, ya de modo claro y desenfadado, de que la Iglesia no habría alcanzado a definirse, a ser verdadera Iglesia, hasta después del Vaticano II, negando con ello la asistencia divina a Ella prometida para siempre por el Señor; la rara uniformidad

con la que en todos los países van suprimiendo los estudios clásicos —imposibles de cultivar sin entrar en la doctrina cristiana tradicional—, así como el abandono de la historia un poco remota de los tiempos actuales, con lo que se logra desarraigar al hombre del ambiente en que su fe se desarrollara y creciera; la frecuencia con que se declaran todas las religiones igualmente buenas, o, cuando no, se admiran con la misma veneración que el cristianismo, lo cual equivale a declararlas todas subjetivas y a negar la revelación; los errores, a veces solapados, muchas veces expresos, con que nos atosiga la prensa, sin que la Jerarquía, comprometida, intervenga lo más mínimo para orientar al fiel; la propaganda masiva y a domicilio —Dios sabe por quién pagada— de doctrinas disolventes del catolicismo, y la facilidad con que los cristianos la reciben en un afán ecumenista y comprensivo que nada tiene que ver con el verdadero ecumenismo, y que se opone a los terminantes avisos del Señor sobre el evitar a los falsos pastores y a los falsos profetas; el silenciamiento de todo cuanto supone propaganda del espíritu tradicional cristiano y el jaleo masivo de cuanto se opone innovadoramente al espíritu cristiano, hasta el punto de que quien aprecia conscientemente su fe ya sabe que no debe leer libro alguno, ni asistir a conferencia alguna, de los que la prensa haga propaganda, pues ya esto le basta para saber que co-

rroen la fe, y por eso son alabados; la machaconería con la que por todas partes se nos intenta convencer de que los intereses y fines del cristianismo son primariamente de orden temporal, silenciando la esperanza del cielo —que se busca en la felicidad de aquí abajo—, la oración, la mortificación de la victoria de sí mismo, el sacrificio; la propaganda del amor laico, y el silenciamiento del amor a Dios, a que nos tienen ya habituados no pocos sectores eclesiásticos; la dedicación a la política —casi siempre revolucionaria en un sentido meramente negativo, que busca destruir lo existente, dejando a otros el cuidado de sustituirlo—, y a la sociología, cual si eso fuera la obligación del cristiano y el fin a que se ordenara el cristianismo; la seducción de mucho entre los más significados de los católicos, a quienes se ha persuadido de que cooperarán al reino de Cristo mediante la ambición de poder político y el amontonamiento de riquezas, con lo que el demonio logra pervertirlos no menos de lo que están los enemigos vocacionales de la Iglesia, ya que al proceder así apostatan de Cristo, de su ejemplo y de su doctrina, que buscó la salvación de las almas por la renuncia al poder temporal y a los bienes de la tierra, enseñándonos a hacer nosotros lo mismo. Todo esto, y mucho más que hemos de omitir, busca desmoronar internamente la única fuerza que pudiera oponerse eficazmente al mal: la Iglesia de Cristo.

Logrando esto, viene la destrucción de la misma personalidad humana, para quebrar las últimas resistencias posibles que pudieran oponerse a que el hombre adore como esclavo a esos auto-dioses, y a su inspirador el diablo. Piénsese en la difusión creciente, y cada vez mejor organizada, universal, de la pornografía para convertir al hombre en animal; en la autodestrucción de la voluntad por las drogas, desvinculando al hombre mediante ellas de todo ambiente real que pudiera hacerle ver a donde camina; en las crisis internas, aparentemente injustificadas, cuyo origen nadie sabe precisar, pero a las que cooperan tantos incautos por seguir la corriente, que buscan destruir, causar incomodidad y descontento, sin que nadie sepa qué es lo que positivamente ofrecen como sustitución, si no es la anarquía que hará aceptar al hombre la renuncia total a su misma libertad con tal de obtener paz, pan y tranquilidad, aunque sea de muerte.

Quien todo esto contempla, y ve cómo la humanidad —incluídos los mismos gobernantes de los más poderosos Estados— son juguete de poderes ocultos, no puede menos de pensar que el triunfo de esos poderes está cercano —o al menos de que así ellos lo contemplan—; y que su alegría debe ser grande, deben sentirse de verdad dioses, al ver cómo son dueños cada vez más de todo, incluso de las volun-

tades de los hombres, a los que rigen como a rebaño de animales o como a piara de cerdos. Y seguramente creen cercano ya el momento de abandonar su invisibilidad —adoración oculta no puede satisfacerles—, para mostrarse al mundo tal cual son, y exigirle adoración.

CAPÍTULO XV

LA ADORACION DEL ANTICRISTO Y LA GRAN PERSECUCION

El Señor no vendrá por segunda vez —en gloria— hasta que «haya sobrevivido primero la apostasía, y se haya luego revelado o manifestado el hombre del pecado, el hijo de la perdición, el que resiste y blasfemamente se levanta contra todo lo que signifique Dios, o adoración de Dios, de modo que hasta llegue a sentarse en el templo de Dios, mostrándose a sí mismo como si fuera Dios... Entonces se revelará o manifestará aquel inicuo, al que el Señor Jesús dará muerte con el aliento de su boca, y lo destruirá con el resplandor de su venida. Y la venida (de ese Inicuo) será sellada y avalada por la operación de Satanás, en toda manifestación de poder, y con milagros y prodigios engañosos, y en toda seducción de iniquidad, eficaz para cuantos perecen, por no haber recibido en sí el amor de la verdad, que debía hacerles salvos. Y por eso les entregará Dios a la obra del error, para que crean a la menti-

ra, y sean juzgados todos cuantos, en vez de creer a la verdad, consistieron en la iniquidad» (2 Tesal. 2,3.4.8-12).

«Sabéis que el día del Señor vendrá como ladrón en medio de la noche; cuando hablaren de paz y seguridad, entonces les sobrevendrá ruina repentina, cual dolor a la preñada, y no podrán escapar. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas para que aquel día os pueda sorprender como ladrón; pues todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no pertenecemos a la noche, ni a las tinieblas; por lo mismo, no nos durmamos como los demás, antes estemos vigilantes y sobrios... revestidos de la coraza de la fe y de la caridad, y del casco de la esperanza de salvación» (1 Tesal. 4,2-7.8).

La misión encomendada por Satanás a la minoría rectora panteísta que acabamos de describir es provocar la apostasía masiva que ha de preceder y preparar el triunfo del Anticristo.

Mientras la provocan y desencadenan, se sienten dioses. Pero la divinidad es exclusiva: ningún dios tolera fácilmente a otros que le hagan sombra. Por eso, esos poderes, aliados para provocar la común apostasía, se irán reduciendo cada vez más, a medida que ésta triunfa, a un número menor. Hasta que, finalmente, se concentre todo el poder, cuando la apostasía sea suficiente, y el desorden creado ya

no pueda ser controlado ni por los mismos que lo desencadenaron, en el Anticristo, el hombre de iniquidad, en quien el demonio se habrá como encarnado, para sentirse en él y por él adorado —sueño cuyo cumplimiento tanto ansiara el demonio desde su rebeldía primera.

Las naciones habrán cesado, y todo el mundo formará un solo imperio, bajo el Hombre de iniquidad, con capital en Jerusalén. Su triunfo será breve —tres años y medio (Apoc. 13,5), quizá menos, porque sus días serán abreviados por amor de los elegidos (Mt. 24,22)—; pero su triunfo parecerá casi absoluto, hasta que el mismo Cristo repentinamente lo destruya, a él y a todos sus secuaces, en su segunda venida, para implantar su propio reino eterno, quitados ya de él todos los males y escándalos, separada la cizaña y aligado el demonio, para que no seduzca más a los hombres.

Pero en tanto, aunque por breve tiempo, el panteísmo parecerá haber triunfado. El hombre será adorado: un solo hombre, el hombre de iniquidad, en quien Satanás habita y es adorado; todo el resto de la humanidad parecerá haberse identificado a él, como miembros suyos, manifestación suya, proyección suya, esclavos suyos.

Pero no todos lo aceptarán, ni será completa la apostasía. Ya desde ahora, a medida que ésta se

produce, son cada vez más los que se ponen en contacto con la verdad de Cristo, según vimos al hablar del fermento; para destruir la fe en Cristo, hay que hablar de él, aunque sea para disolverlo en los corazones de los hombres. Y ante ese contacto, todas las almas de buena voluntad, las ovejas que Dios conoce como suyas, oirán su voz, y se agruparán bajo su bandera, se entregarán a su amor. Serán los santos de los últimos tiempos, obligados a la santidad heroica por las mismas circunstancias que hacen su fe tan difícil, que sólo el heroísmo puede salvarla.

Y ese número irá engrosando; a medida que se multiplique la apostasía de quienes parecían hijos de Dios y no lo eran, engrosará el número de quienes acudan, por la buena disposición radical de su voluntad, que amaba la verdad, aunque hasta ahora la desconociera, a convertirse en hijos de Dios.

Bien que cada día más numerosos, no lo parecerán, porque estarán como aislados, sin poder hacerse oír, ya que, según vimos, todos los medios de comunicación pública estarán cada vez más en manos del maligno. Pero su eficacia sobrenatural no por eso será menor, ni menos notable para la minoría dirigente la transformación que obran en la masa, que ellos ya casi creían asimilada.

Y cuando el aislamiento, la conmiseración de que se les haga objeto, el desprecio, y toda serie de ve-

jaciones del poder del mundo, se muestren insuficientes para apartarlos de Cristo, ni aun para disminuir su eficacia transformadora de cuanto les rodea, se arrojará la máscara del irenismo y de la tolerancia de que hoy tanto se blasona, y empezará la persecución más dura, más cruel, más metódica, que jamás haya padecido la Iglesia, que nunca haya amenazado al creyente; será la verdadera pasión de la Iglesia, así como de sus miembros, para imitar la de su divino Fundador, para así poder participar de su triunfo; martirio silenciado, del que no podrá escribirse ni quizá aun hablarse; martirio al que se añadirá el oprobio de toda calumnia y difamación que habrá de soportar en silencio, imitando el silencio de Cristo en su pasión. Pero también martirio que señalará la ruina del imperio del mal en el mundo.

Durante esa persecución se iniciara, y en ella se consumará, no sólo la conversión de los hijos de Israel, que aún hayan conservado sustancialmente la fe tradicional de sus padres —y que no podrán soportar la adoración de la creatura que se les quiere imponer por la fuerza—, sino también la de todos los hijos de Dios, que desde los confines de la tierra oirán la voz de su Pastor: «y oirán mi voz, y se hará un solo rebaño y un solo pastor»; cada martirio nuevo es una llamada eficaz para esos hijos, que les manifiesta y hace oír la voz de Dios.

Y ese número, contra todo lo que pudiera hacer suponer la apostasía manifiesta, será inconmensurablemente grande: doce mil de cada una de las doce tribus de Israel —número determinado por el indeterminado, para seguir el simbolismo de las doce tribus; pero número que nos parece demostrar que tan sólo se convertirán los israelitas que conserven su fe en Dios, no los que la han perdido por odiar a la verdad: el Israel de Dios es el creyente—; y una muchedumbre incalculable de todos los pueblos, razas y lenguas (Apoc. 6,4-10).

Ese será el fruto maravilloso de la pasión de la Iglesia y de sus miembros: la reunión de todos los creyentes en un solo rebaño, bajo un solo pastor, para participar en el reino del amor, en el reino del Corazón de Cristo; reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz; reino eterno y universal, que nuestro Redentor entregará a su Padre, estándole ya sometidas a El por el amor todas las creaturas (Prefacio de Cristo Rey).

La persecución arreciará increíblemente cuando, desaparecidas las naciones, el Anticristo domine ya todo el mundo —y dichosos los países que sean los últimos por él dominados, porque no podrá corromper en ellos la fe de tantos, por carecer de tiempo para pervertirlos—. Tan terrible será, que si por

amor a los elegidos no se abreviarán aquellos días ningún creyente salvaría la vida (Mt. 24,22); alimento y bebida les será negado, si no aceptan el sello del Hombre de iniquidad, si no le adoran como a Dios; la presión será tanta, que hasta los elegidos, si posible fuera —pero no lo es—, acabarían sucumbiendo en su fe. Cual sucedió en la Pasión de Cristo, es el desahogo de toda la rabia de Satanás contra Cristo y sus seguidores, porque sabe el poco tiempo que le queda, y que su derrota total es inminente.

En esa verdadera locura de furor y crueldad persecutorios, se consumará, por la eficacia del martirio y de la sangre derramada —no olvidemos que «sin efusión de sangre no hay redención» (Hebr. 9, 22)—, el número de los santos llamados al reino de Dios, integrándose a Cristo cuantos aman la verdad, unidos a El como un solo rebaño, ya por siempre separado de quienes a esa verdad odian y persiguen, por haber buscado su gloria y no la de Dios.

CAPÍTULO XVI

DISPOSICION DEL MARTIRIO

«No temáis a quienes dan muerte al cuerpo, mas no pueden dar muerte al alma... ¿No se venden dos gorriones por unos pocos céntimos? y, sin embargo, no cae uno de ellos a tierra sin el permiso de vuestro Padre. Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados; no temáis, pues, que más valéis vosotros que muchos pajarillos. Todo el que me confesare ante los hombres, lo confesaré Yo delante de mi Padre, que está en los cielos. Mas a quien me negare ante los hombres, también Yo le negaré ante mi Padre, que está en los cielos» (Mt. 10,28-33; Lc. 12,5-9).

«Seréis entregados por vuestros propios padres, y hermanos, y parientes, y amigos, y a muchos de vosotros matarán, y a causa de mi nombre, seréis odiados por todos, y ni un solo cabello de vuestra cabeza perecerá. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas» (Lc. 21,16-19).

Toda la propaganda y el ambiente moderno tiende a hacer olvidar al creyente del martirio, como si fuera cosa de tiempos pasados; el hombre adulto de hoy sabrá convivir cada vez más y mejor con los demás, de cualquier religión o creencia que sean; el tiempo de las oposiciones religiosas habría pasado para siempre, en un clima de fraternidad universal, de libertad religiosa para todos; los martirios por los que ha pasado la historia de la Iglesia serían una triste página que habría de olvidarse, por ser fruto de la inmadurez de los hombres, tanto de los creyentes como de los no creyentes, pues no deja de sugerirse que la culpa de esos martirios no estuvo menos en la intolerancia intransigente de los martirizados que en la crueldad de los martirizadores.

El cristiano está prevenido contra este ambiente por la misma palabra de Cristo, si quiere escucharla y preferirla a las seducciones de los hombres: «No es el discípulo más que el Maestro; si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros» (Juan 15,20): «Si el mundo os odia, sabed que primero me odió a Mí; si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; mas como no sois del mundo, sino que Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia» (Juan 15,18.19); «En el mundo padeceréis apreturas; mas confiad, Yo he vencido al mundo» (Juan 16,33); «Yo les di tu palabra, y el mun-

do les odió, porque no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo» (Juan 17, 14).

Mientras el cristiano se mantenga como fiel discípulo de Cristo, será odiado y perseguido por el mundo; la ausencia de esta persecución y de este odio no demostraría más que una cosa: que no somos cristianos.

Y esa persecución no viene por terquedad nuestra culpable, sino por el odio sin motivo con que el mundo odia a Cristo (Juan 15,25). Por eso, la mayor dicha del cristiano es el ser perseguido: «Dichosos seréis cuando os maldijeren, y os persiguieren, y con mentira dijeren de vosotros todo mal, por culpa mía; alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros» (Mt. 5, 11.12).

Por eso Jesús mismo nos exhorta al martirio, es más, nos lo exige, llegado el caso, como heroísmo necesario para nuestra misma salvación (Mt. 10,28-33). Y el mismo Jesús nos previno cuán frecuente sería ese caso en la persecución de los tiempos finales.

Es, por lo mismo, urgente, prepararse al martirio. Tanto al martirio incruento del desprecio, odio y perescución del mundo por seguir fieles a Cristo,

y de las privaciones y aislamiento a que por esa fidelidad se nos someterá —martirio que necesariamente alcanza a todo verdadero discípulo de Cristo, pues es el sello que acompaña su autenticidad—, como al martirio sangriento, si y para cuando llegare, amando de tal modo a Cristo que estemos dispuestos a renunciar a la vida, a los efectos, a todo bien, por mantenernos a El adheridos.

Hay una disposición general —absolutamente eficaz para confortar y mantener fieles aun a los más débiles y naturalmente medrosos—: el enraizamiento de las tres virtudes teologales —hoy tan olvidadas— mediante la práctica inintermitente de la oración amorosa. Mas de ella hablaremos más tarde.

Hay otra preparación específica, aunque no independiente de la anterior, y de ella quisiéramos decir algo ahora.

Lo primero, es afirmar la fe en el premio que espera al mártir, al que confiesa a Jesús ante los hombres, sabiendo que «nuestra tristeza se convertirá en gozo» (Juan 16,20), que «pasa como sombra la figura de este mundo» (1 Cor. 7,31), y que Dios mismo no puede hacernos beneficio mayor que conformarnos con la pasión de Cristo; reputando todo —hasta la misma vida— como estiércol y basura con tal de alcanzar a Cristo (Filip. 3,8).

Lo segundo es la certeza en fe de la absoluta omnipotencia de Dios, que me ama como Padre, y de Cristo, que murió por mí —«todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra»—. Aunque parezcamos ser juguete del mundo y del demonio, eso es sólo en apariencia: ni un solo cabello de nuestra cabeza podrán arrancarnos si nuestro Padre celestial no se lo permite. Y amándonos como nos ama, hasta dar a su Hijo por nosotros, no permitirá nos inflijan dolor alguno sino en tanto en cuanto así convenga para nuestro bien y nuestra gloria, para nuestra asimilación más plena con su Hijo.

En esto son claras y terminantes las palabras de Jesús. Por eso no hemos de temer cuanto puedan hacernos; no nos harán sino lo que Dios les deje hacernos, para lograr que nuestra dicha sea más plena. Dios, que conoce nuestra debilidad, o robustecerá al que humildemente confíe en El, para que no desfallezca en la tentación, o le ahorrará aquellos sufrimientos o pruebas en que sabe desfallecería su debilidad. Por eso, el que cree la palabra de Jesús, no podrá temer nunca lo que los hombres puedan hacerle.

Y ese cuidado no se extiende sólo a nuestra vida e integridad física, sino también a cuanto nos es necesario en esta vida: alimento, vestido, para nosotros y los seres queridos —«Sabe vuestro Padre ce-

lestial que de todo eso tenéis necesidad; por eso no os preocupéis de ello» (Lc. 12,30; cf. Lc. 12,22-24).

También se quita el temor por nuestros seres más amados, el temor de dejarlos abandonados; sabemos que Dios cuidará de ellos, sin que el odio del mundo y de Satanás puedan impedirlo; y que si también a ellos les hiciere sufrir necesidad, no será por impotencia, sino porque los ama, y sólo en cuanto a la obra de ese amor convenga. Y sabemos que, al dejar así por Cristo, nuestros afectos más entrañables, nos aseguramos que nos los devuelva todos en la eternidad del cielo, inconmensurablemente mejorados (Mt. 19,29; Mc. 10,28-31).

El amor de Jesús, y la fe en El, no quita a quienes le aman el dolor y el sufrimiento; pero sí les quita todo temor: «No les temáis» (Mt. 10,26; 1 Ptr. 3,14). Quien cree en Jesús, en su amor y en el de su Padre, no hallará dificultad en dejarse totalmente en manos de Dios: «Arroja en el Señor tu cuidado, y El hara» (Salm. 54, 23). Y ese mismo amor convierte en dicha el sufrimiento, como lo cantan las bienaventuranzas enseñadas por Jesús.

Pero especialmente, quitó Jesús a cuantos creen en El, el temor abisal de la muerte. Enseñándonos que para cuantos prestan fe a su palabra y le aman no existe la muerte pese a todas las apariencias: sólo existe nacimiento —y como nacimiento doloroso—

a una vida infinitamente mejor y más plena. El mismo Jesús nos lo indica, al comparar su encuentro con el alma por la muerte con el parto y nacimiento: «La mujer, cuando pare, tiene tristeza, porque llegó su hora; mas cuando ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia pasada, a causa del gozo, porque nació un hombre al mundo. Así vosotros ahora tenéis tristeza, pero de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y vuestro gozo nadie os lo arrebatará» (Juan 16,21.22).

Cuantas han sido madres saben lo repentino de ese olvido, por la fuerza del gozo y de la paz sobreviniente. ¿Cuál no será el olvido que engendrará instantáneamente en el mártir, y en el que muere en gracia, la inundación del gozo de Dios y su contemplación?: «No son condignos los sufrimientos de este mundo para el peso de eterna gloria que nos espera», dice San Pablo (Rom. 8,18); «Vuestra tristeza se trocará en gozo», nos asegura Jesús (Juan 16,20).

Mas dado el temor ante la muerte, pasemos, a exponer en detalle cómo ésta no existe: cómo sólo es nacimiento.

Capítulo XVII

LA MUERTE ES NACIMIENTO, NO MUERTE

La experiencia sólo nos da a conocer el aspecto materialmente negativo de la muerte: la pérdida, el despojo, la privación. Mas la fe nos dice que la muerte no existe, que sólo hay nacimiento tránsito a una vida mejor, indescriptiblemente más plena.

Jesús dice: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque hubiere muerto vivirá; y todo el que vive y cree en Mí, *no morirá jamás*» (Juan 11,25.26); «Si alguno guardare mi palabra, jamás verá la muerte» (Juan 8,51).

Esa liberación de la muerte está estrechamente vinculada a la recepción de Jesús Eucaristía: «Yo soy el pan de vida: vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron; este es el pan bajado del cielo, para que el que lo comiere no muera... si uno comiere de este pan, vivirá para siempre... El que me come a mí vivirá por mí... No como vuestros padres, que comieron el maná, y murieron: el que coma este pan, vivirá para siempre» (Juan 6,48-50.52.58.59).

La única verdadera muerte para la Escritura es la llamada «muerte segunda» y «muerte eterna», pues sólo ella es despojo puro, privación absoluta. Lo que comúnmente llamamos muerte, es simple tránsito a una vida mejor: «Quien guarda mi palabra, y cree al que me ha enviado..., pasa de la muerte a la vida» (Juan 5,24); «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones... y Yo voy a prepararos un lugar... y cuando os lo hubiere preparado, de nuevo vendré, y os llevaré conmigo, para que allí donde Yo estoy estéis también vosotros» (Juan 14, 2.3). De ahí que en el Diario de Conchita —una de las videntes de Garabandal—, aparece consignada, a una pregunta infantil suya, esta respuesta de Jesús, totalmente evangélica: «No se muere nunca».

La misma Iglesia llama nacimiento a lo que nosotros decimos muerte, y así conmemora el día de la muerte de los santos como «día del nacimiento» de fulano de tal (Martirologio). Creencia que expresamente ratifica en el Prefacio de los fieles difuntos: «Para tus fieles, Señor, la vida *se muda, no es arrebatada*, y, deshecha la casa de esta terrena morada, se adquiere la eterna habitación en los cielos». Rectamente expresan esa fe los cristianos, cuando dicen del fiel que, según nuestra experiencia, ha muerto: «Pasó a mejor vida».

Y ésa es la creencia de casi todas las religiones, que acompañan al muerto con *ritos de tránsito*, aná-

logos a los del nacimiento, de adolescencia o iniciación, y de matrimonio, porque, como éstos, supone y entraña, no una disolución, sino una entrada en una vida más plena, que, por serlo, exige la disolución total o parcial del modo de vida anterior más imperfecto.

Entre nacimiento y muerte es tal la semejanza que casi parece identidad.

Al niño, en el seno de la madre, el nacimiento se le presenta como muerte: como pérdida total del estado de vida en que se halla, de la seguridad en que se encuentra, de cuanto hasta el momento ha consituido la fuente y el medio ambiente de su vida. El despojo es total, y total la incertidumbre o ignorancia que el niño tiene de lo que tras ese despojo, y mediante ese despojo, le espera. Y, aunque luego nada recuerde, biológicamente sufre tanto que los sufrimientos de la madre nada son comparados a los suyos, llegando incluso a sentir verdadero ahogo de muerte, cuando, perdida ya, o del todo insuficiente, la respiración que de la madre recibía, aún no ha llegado a poseer la suya propia. Por eso ninguno nacería de su propia iniciativa, si la naturaleza no le constriñera y obligara a nacer.

Si el niño fuese consciente en ese acto, evidentemente *se sentiría morir*. Y si en el seno materno quedaran otros conscientes que lo vieran marcharse

entre tantas angustias y dolores, ninguno creería en su nacimiento, sino en su muerte; ninguno le envidiaría, todos le compadecerían.

Mas para quienes en el mundo lo esperan, el niño no muere, sino que nace; y todos esperan ese nacimiento con alegría, aunque sepan los dolores por que pasa; saben que sólo si no naciere, verdaderamente morirá. Y el niño mismo, no más nacido, siente que no ha perdido vida alguna, sino que la ha cambiado y mejorado; dejando la oscuridad, se ha abierto a la luz; y a cambio de la reducida morada, del pequeño recinto que era su ambiente vital, recibe como ambiente vital y campo de sus operaciones todo el universo visible.

Todos nos estamos formando como hijos de Dios en la oscuridad de la fe, en el seno de la Iglesia, y en el seno de la Virgen, nuestra Madre, y Madre de la Iglesia, cuyos miembros conforma con la imagen de su Hijo Jesús. Cuando ya estamos formados según la imagen de Cristo, se nos obligará a nacer.

Ese nacimiento, mirado desde este lado, por los que aún vivimos sumergidos en el mundo de los sentidos, que es nuestro ambiente vital, se nos presenta necesariamente como muerte: no vemos más que el despojo de todo lo presente, la privación, aunque la fe nos certifique de la vida maravillosa que tras esto nos espera; contemplamos los dolores de la separación, y no vemos las alegrías del encuentro. El mismo que muere, mientras está en el tránsito, sólo contempla lo que deja, sólo eso experimenta, aunque crea en lo que va a encontrar; sólo siente los dolores de la muerte, no la alegría del nacimiento, porque, hasta que éste tenga lugar, en encuentra todavía *de esta parte*. Por eso nadie se decidiría a morir, es decir, a nacer, si la misma naturaleza no le obligara.

Mas *a la otra parte*, y desde el otro lado, la situación es del todo diferente. Cuantos, habiéndonos amado, nos precedieron, esperan con alegría el vernos aparecer entre ellos. Y con más amor que nadie, nos espera nuestro Padre celestial, y nuestra Madre la Virgen, y Jesús nuestro Redentor, rodeados de la gran familia de la Iglesia ya triunfante, en la que no faltarán nuestros padres, antepasados, hermanos, amigos —todos tenemos muchos más afectos en la vida futura que cuantos podamos dejar en ésta—. Y cuando los que aquí quedan dicen: ha muerto; los que allí nos esperan se alegran de vernos nacidos; todos dirán con alegría: al fin ha nacido.

Y especialmente sentirá esa alegría el que consideramos aquí muerto: ha cambiado de morada, de ambiente vital. Antes lo era el mundo y universo visible; ahora lo es para él el mismo Dios, luz inaccesible, ante la cual son tiniebla todas las luces creadas a las que nuestros ojos son sensibles; Dios, que en su infinitud, supera en inmensidad al uni-

verso visible —mera gotita de rocío que se avapora al salir el sol (Sab. 11,23)— mucho más de lo que este universo supera al claustro materno; sentirá que ha salido de una cárcel, y que sólo ahora goza de la vida verdadera: ha pasado de muerte a vida, de oscuridad a luz. Y ni siquiera lamentará la ausencia del cuerpo —que un día Dios le devolverá glorificado—, ni lo echará de menos, como el niño nacido no echa de menos la placenta que hasta entonces le servía de medio de comunicación con su antiguo ambiente vital; así el cuerpo le servía para comunicarse con el universo visible, su ambiente; pero no lo necesita para comunicarse con Dios, su nuevo ambiente.

Por eso el cristiano no ha de temer la muerte, sino más bien desearla. Los dolores que pasará al morir son los mismos que ya soportó al nacer; y puede, incluso, alcanzar a desvelar un poco la transformación de vida a que la muerte le conduce, mirando la transformación natural que obró su nacimiento cuando niño.

El dolor y sufrimiento entrañados en esos nacimientos-muerte es natural: lo lleva consigo el despojo de todo lo anterior, que presupone el paso a una nueva vida. Pero, de hecho, son consecuencia del pecado original, ya que si éste no hubiera tenido lugar, Dios nos los hubiera evitado de modo preternatural.

Con relación al nacimiento, así aparece claro respecto al dolor de la madre en Génesis 3,16, donde se la castiga a dar a luz los hijos con dolor; mas si ella no hubiera sufrido de no haber pecado, es consecuente que tampoco los hijos que tuviera sufrirían al nacer; el sufrimiento no se daba en el estado de justicia original. especto a la muerte, tampoco hubiera existido sin el pecado (Gen. 2,17; 13, 19), aunque sí hubiera existido nacimiento a la vida eterna y gloriosa en Dios; seríamos supervestidos de la inmortalidad, pero sin ser despojados o expoliados (2 Cor. 5,4).

Es precisamente ese despojo lo que constituye la cara o aspecto de muerte que entraña todo nacimiento. No el despojo como tal —entrañado en todo nacimiento—, sino el despojo *antes* de recibir la vida más plena que ha de sustituir lo que se pierde: es ese *antes* lo que hace la pérdida angustiosa.

El despojo hubiera existido aun en el Paraíso; para ir el hombre a vivir con Dios, tendría que dejar la vida terrena, separarse de cuantos amaba en la tierra, y por quienes era amado, dejar el medio sensible de este universo en que hasta entonces desarrolla su actividad vital. Pero se despojaría de todo esto atraído por la contemplación y experiencia de la vida eterna en Dios, hacia el que iba, arrastrado por un amor que le llenaba, no forzado, como ahora,

por la necesidad, y sin ver o experimentar hacia dónde se dirige. Tampoco el niño sufriría al nacer si *antes* conociera y como viera la vida que le espera ya nacido; él mismo nacería entonces de propia iniciativa, y no forzado.

Si me piden cien pesetas diciéndome que *más tarde* me darán mil a cambio, me cuesta desprenderme de ellas, teniendo la impresión de ser timado; pero si sacan el billete de mil y me lo enseñan, y mano a mano me lo cambian por el de cien, no tendré pena alguna en desprenderme de éste. Mas ahora nuestro despojo es sin cambio: he de dejarlo todo *antes* de recibir nada, antes de contemplar lo que voy a recibir, que sólo tras el despojo se me dará, sólo entonces lo contemplaré, aunque ciertamente en el mismo momento del despojo me conforte la fe y la esperanza; pero no tengo experiencia y como sabor del objeto de ellas, y así queda el dolor y la agonía del despojo.

Si esta agonía es intensa, es también breve; no más despojados de la vida terrena, poseeremos la vida eterna; e incluso hay elementos despojados que un día se nos devolverán transformados y mejorados; tal el cuerpo corruptible que dejamos, que recibiremos glorioso e incorruptible el día de la resurrección.

Mas el dolor no es sin consuelo. Ya hemos hablado de la fe y esperanza que lo endulzan; fe y

esperanza de lo que vamos enseguida a recibir a cambio de nuestro despojo. Pero el dolor casi se convierte en alegría cuando se piensa en su finalidad. Habiéndonos Cristo redimido sobreabundantemente, reparó con creces el pecado original y todas sus consecuencias. Así los dolores de la muerte —y lo mismo vale de los del nacimiento—, ya no son castigo del pecado original, sino gracia concedida para hacernos semejantes a Cristo, que por nosotros padeció y murió: «Seremos con El glorificados, si con El padecemos» (Rom. 8,7).

Así el cristiano sabe en su agonía y en el dolor de su despojo, que precisamente en ella se esté haciendo su transformación en Cristo, se le está dando la última mano para prepararle a su glorificación; y que esa glorificación es mucho más plena que si Adán no pecara, porque se hace por la identificación a Cristo, por la incorporación a El como miembro, con lo que participa de su glorificación, siendo su gozo el mismo gozo de su Señor, su vida la misma vida de Cristo, que es la Vida, con la que, precisamente al morir y en el morir, se conforma: «El que me come a Mí, vivirá por Mí» (Juan 6,58).

Ya entrados en la vida, el dolor pasado lo tendremos por nada: «como nada son los sufrimientos de esta vida con relación a la vida futura que se revelará en nosotros» (Rom. 8,18). Su mismo recuerdo se desvanecerá como un sueño: «La mujer,

cuando da a luz, tiene tristeza, porque llegó su hora; mas luego que ha dado a luz ya no se acuerda de su angustia a causa del gozo que recibe de haber dado un hombre al mundo; así vosotros estáis ahora tristes, pero de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y ya nadie arrebatará vuestro gozo» (Juan 16,21.22).

La madre olvida su dolor de parto; lo mismo el niño los de su nacimiento. Nosotros padecemos congoja (Juan 16,33) mientras vivimos en el mundo una vida que en realidad es muerte continuada; y esa congoja culmina en la muerte por la que nacemos a Jesús; pero a esa congoja sucederá una alegría tal que nos hará olvidar todo sufrimiento anterior.

La tierra parece grande a quienes vivimos en ella; mas para quien partiendo de ella se adentrase en los espacios siderales, se empequeñecería cada vez más; primero sería una esfera, luego una bola, después un simple punto resplandeciente, finalmente nada. Así lo que en la tierra nos sucede nos parece importante; pero nacidos a la eternidad, y a medida que nos adentramos en ella, toda la vida presente nos parecerá un instante indivisible; y lo que más nos maravillará es que ese instante haya sido suficiente para merecernos el peso de eterna gloria en que nos hallemos sumergidos; todo dolor será olvidado, anegado en el gozo de Dios.

Entonces comprenderemos que la muerte no existe, que no ha existido nunca; que lo que ahora llamamos muerte es realmente nacimiento, y el nacimiento más maravilloso que jamás la creatura pudiera imaginar. Entonces entenderemos que lo que ahora llamamos muerte es un regalo y preciosísimo don del amor divino, no una manifestación de su justicia. Y nuestro canto de alabanza y de gracias por el beneficio de ese nacimiento será eterno, porque a él deberemos haber entrado en el gozo del Señor, en que la vida de Dios mismo es nuestra vida.

Hasta aquí hemos hablado del nacimiento normal: el niño, a su debido tiempo, nace vivo, y perfectamente conformado para el nuevo ambiente vital en que se inserta.

Pero hay también nacimientos que se apartan más o menos de la norma. Son principalmente tres: el niño nace muerto, a todos defrauda, se le llora, y se le entierra, procurando olvidarlo. El niño nace sin estar todavía debidamente conformado para su nueva vida; se le mete en una incubadora, y se le cuida hasta que adquiera el debido desarrollo para poder vivir su nueva vida. Finalmente, puede nacer el niño, no por la acción de las fuerzas naturales que a ello le constriñen, sino por la acción quirúrgica externa de los hombres, por operación cesárea: sufre menos, y no está expuesto a las deformaciones que el nacimiento normal pudiera ocasionarle.

Puede un niño nacer muerto. Y puede uno también en el nacimiento a la vida eterna, que llamamos muerte, nacer muerto. Pero no será esto sino porque uno se niegue a recibir la vida en el momento de morir mismo de nuestro Padre celestial, que nos ofrece, de nuestro Redentor Jesús y de la Virgen María. Son hábiles, infinitamente hábiles, para logar que todos salgan vivos, Sólo una cosa impide ese nacimiento vivo, y es que nuestra voluntad se niegue a recibir de Dios la vida eterna. Por eso nadie se condena porque Dios en alquel momento le falle, o no le ofrezca la salvación, sino porque resistiéndose libremente a ese don, Dios respeta, por amor, la decisión de su libertad.

Hay otro caso más frecuente. Nos formamos imperfectamente hijos de Dios durante la vida, por nuestras infidelidades y resistencias, por no dejarnos totalmente hacer por Dios. Y Dios, que tiene prisa en que nazcamos, viendo que no acabamos de formamos totalmente, apresura ese nacimiento. El resultado entonces es que nuestro nacimiento a la vida eterna es imperfecto, como niño no totalmente formado aún en el seno de su madre. Y como a éstos se les pone en una incubadora, para que acaben de formarse, así se nos pone a nosotros entonces en el Purgatorio, que es la incubadora de ese nacimiento a la vida eterna. Incubadora hecha por nuestro Papá celestial, donde nadie muere, donde

nadie perece, donde todos están ya seguros de alcanzar su formación definitiva, como hijos de Dios. Y sobre esas almas que están en el Purgatorio se vuelca el cariño del Padre celestial, y el cariño de la Virgen María y de los bienaventurados, igual que los padres y hermanos se vuelcan solícitos sobre el niño que está en la incubadora. Por eso el Purgatorio es el lugar de la esperanza, el lugar del amor, el lugar del cariño, aunque todavía lugar de formación; pero de formación de un niño ya nacido, imperfectamente nacido, que alcanzará ahí la formación plena. Y nada más alcanzarla, sacado de esa incubadora, estará ya en los brazos de su Papá, y en los de su Mamá la Virgen María, que tanto lo ha querido, cuyo rostro verá, como ve el niño no más nacer el rostro de su madre y se alegra en él.

Finalmente, hay el caso del martirio. El nacimiento-muerte no viene aquí desencadenado por el proceso natural, sino por las voluntades de los hombres; pero de los hombres movidos por Dios ya que ni un solo cabello nos será arrancado sin su permiso. Los hombres son sólo el instrumento, Dios el cirujano. Y la operación la hace tan bien, que el muerto-nacido sufre menos que en el nacimiento-muerte natural, y recibe de Dios la última mano, que le conforma en todo a Cristo crucificado, haciéndola pasar directamente a la visión de Dios, a su nuevo ambiente vital definitivo.

Por eso el martirio es un gran don de Dios. Y, al soportarlo, ha de apartarse la atención de la dureza de los instrumentos, para ponerla sólo en el amor suavísimo del Padre; el mártir, en su morir-nacer, ya está más en Dios que en este mundo, y así goza más que sufre; y lo que sufre, lo sufre Cristo en El, y así lo conforta.

Un diácono de San Cipriano temía mucho el martirio —que poco después efectivamente soportó por Cristo—; San Cipriano se le apareció para confortarlo, el diácono le preguntó: «¿sufriste mucho cuando te cortaron la cabeza?» Y el santo le respondió: «Entonces no se sufre nada, porque se está ya más en Dios que en el cuerpo».

Santa Perpetua gemía de dolor al dar a luz en la cárcel; el guardián le preguntó: «¿cómo soportarás el martirio si ahora te quejas de estos dolores?» Y ella respondió: «Ahora sufro yo, pero entonces sufrirá Cristo en Mí». Y, efectivamente, soportó el martirio sin queja alguna.

Como en la operación cesárea es la madre quien carga con el dolor y sufrimientos que habría de tener el hijo, así en el martirio es Cristo y la Virgen nuestra Madre quien llevan nuestra parte de dolor. Por eso el martirio, siendo la muerte más cruel para quien lo mira desde fuera, es el nacimiento más dulce para quien lo mira desde Cristo, que conforta y asiste al mártir.

Capítulo XVIII

LLAMAMIENTO UNIVERSAL A LA SANTIDAD

«Sed perfectos como vuestro Padre celeste es perfecto» (Mt. 5,48).

«Velad y orad para que no caigáis en tentación» (Mt. 26,41).

La santidad es el heroísmo en las virtudes, en la caridad. Cuando el ambiente que nos rodea es favorable a la vida cristiana, no se requiere gran esfuerzo para mantener una felicidad mediocre. Mediocridad de la que muchas veces no salimos hasta el momento de la muerte, por más que Dios nos provoque e incite con su gracia. Mas en períodos de crisis como el actual, acaba no habiendo medio entre santidad y apostasía: o uno se decide, con la ayuda de Dios, al heroísmo, o bien apostata y pierde su fe.

Es el gran beneficio que Dios nos hace; muchos, aunque débiles y flacos, de ningún modo queremos

perder la fe, ni apostatar; Dios nos obliga entonces, nos pone en la necesidad de buscar la santidad, como único medio de preservar nuestra fe. Si muchos apostatan, muchos que jamás hubieran pasado de la mediocridad llegarán al heroísmo. Por eso San Agustín nos dice en su *Ciudad de Dios,* que la Iglesia tendrá, en los últimos tiempos de la persecución del Anticristo, los más grandes santos de toda su historia.

Cada vez más, el cristiano no tendrá otra alternativa que ser héroe, o bien apostatar. Por eso es necesario rechazar las medias tintas, las componendas, y decidirse por la santidad.

Heroísmo para seguir creyendo que la vida cristiana es vida de sacrificio, de renuncia, de desprendimiento de los bienes y comodidades terrenos, cuando todo nos habla de temporalidad, de «confort», y de ideal de paraíso terrestre.

Heroísmo para seguir creyendo con simplicidad la palabra de Dios, cuando la ciencia humana, por tantos idolatrada, nos la desfigura hasta hacerla irreconocible.

Heroísmo para tener como necedad la sabiduría y los avances técnicos humanos, cuando todo quiere persuadirnos a que nos maravillemos de sus logros.

Heroísmo para amar a Dios, cuando sistemáticamente se le silencia para sustituírlo por el hombre.

Heroísmo para ser casto ante la inundación de la propaganda pornográfica, que quiere hacernos ver como complemento perfectivo de la naturaleza humana precisamente lo que Dios prohibió.

Heroísmo para mantener sin vacilaciones la fe recibida, cuando por todas partes se suscitan dudas e interpretaciones desviadas, incluso por parte de aquellos que Dios puso para confirmarnos en ella.

Heroísmo para mantener la oración y el trato con Jesús Eucaristía, cuando todo nos habla de la excelencia y primacía de la acción temporal.

Heroísmo para no perseguir las riquezas ni el poder, cuando vemos que, en nombre de Cristo y bajo pretexto de hacer un mayor bien, tantos cristianos se apartan del camino que El enseñara, y buscan el dinero, el poder y la gloria, pretendiendo por medio de ellos extender el reino de Cristo.

Heroísmo para mantenerse aislado y solo —en soledad con Dios, que nos guía—, renunciando a leer la prensa, o, al menos, a dejarse influir por ella, y a las conversaciones mundanas de cuantos nos rodean y no nos entienden, teniéndoos por raros y desfasados, esqueletos vivientes, porque seguimos adheridos a nuestra fe.

Heroísmo para sentirse pecador, viviendo en espíritu de compunción y penitencia, en medio de un mundo que, o niega el pecado, o al menos no le da importancia alguna en cuanto sea algo opuesto a la ordenación divina.

Heroísmo para aguantar las condenas de no pocas jerarquías, de no pocos sacerdotes, como Jesús las aguantó en su pasión; para ser por esas jerarquías postergados precisamente porque son fieles a su fe.

Heroísmo para reconocer la divinidad de Jesús Eucaristía, adorándolo de rodillas al recibirlo, cuando tantos lo reciben de pie, y tantos otros niegan su presencia —que reducen a mero simbolismo—, o incluso su divinidad.

Heroísmo para apreciar el sacrificio de la Misa, cuando tan continuos cambios arbitrarios nos la presentan como juguete del capricho humano.

Heroísmo para soportar el odio, el desprecio, las calumnias del mundo, y, lo que es mucho más amargo, el desprecio y ostracismo de tantos que se creen aún cristianos, y que creerán hacer un favor a Dios negándonos la sal y el pan.

Sin apoyo aquí abajo, el que quiere perseverar hasta el fin, y así ser salvo, no tiene otro remedio

que proyectarse totalmente a Dios, por la fe, la esperanza y el amor, nutridos en la oración continua.

En esta situación hay algo específico a los sacerdotes, algo específico a los fieles, y algo —mejor mucho— común a todo ellos. Comencemos por lo específico.

La Virgen dijo en su mensaje de Garabandal: «Muchos sacerdotes, muchos obispos y muchos cardenales van por el camino de la perdición, y con ellos llevan a muchas almas». La veracidad de este aserto la palpamos todos. Pero estos muchos deben ser compensados por otros muchos que se mantengan fieles a su vocación sacerdotal.

Y eso es lo específico del sacerdote: enseñar todo y sólo lo que Cristo enseñó (Mt. 28,20), con fe en la eficacia de esa enseñanza, sin pretender probarla o razonarla, con sencillez, despreciando la ciencia humana que, al interpretarla de un modo meramente racional, la destruye, desprendidos de toda problemática de orden temporal, sin ansias de hallar soluciones propias a los problemas humanos, sino ofreciendo simplemente las soluciones de orden sobrenatural que Cristo nos dio, procurando formar las almas, no para esta tierra, sino para el cielo, llevándolas a Jesús, poniéndolas en contacto con El.

En manos de esos sacerdotes está la salvación del mundo, y la firmeza de la fe del pueblo cristiano, aunque los juzguen por atrasados, no acomodados a los tiempos, desfasados e inútiles; ellos son las partículas de fermento puro que transforman cuanto tocan, aunque los aislen y los dejen preteridos, aunque sus mismos superiores los desprecien.

No necesitamos sacerdotes sabios, ni expertos en los problemas temporales, sino sacerdotes sencillos, que crean ellos en Cristo y lo den a las almas, que desprecien como necedad ante Dios toda ciencia humana, contentándose con conocer a Cristo, y a Cristo crucificado (1 Cor. 2,2; cf. 1,22).

Lo específico del fiel es saber distinguir los verdaderos pastores de los falsos, discriminándolos por sus frutos (Mt. 7, 16.20), siguiendo a aquéllos que le traen a Cristo y le conducen a Cristo, haciéndoselo sentir y amar; huyendo de cuantos le predican temporalidad mundana. Dios no dejará a su pueblo sin pastores; pero hay que saber buscarlos y seguirlos; y sobre todo, hay que evitar la comezón de oídos, que busca maestros que le enseñen cosas nuevas, cual si el mensaje de Cristo hubiera perdido actualidad (2 Timot. 4,3). Ha de desconfiar de cuantos el mundo alaba y la prensa ensalza como si fuesen maravillas, que si predicasen a Cristo no los jalearía el mundo; sepa que el mundo silenciará siempre a

quienes anuncien a Cristo; por lo mismo, a esos silenciados ha de recurrir, a ellos escuchar, a ellos buscar hasta que los encuentre, por ellos dejarse dirigir. Si no los encuentra, es porque no los busca ni desea sinceramente, puesto que está escrito: «Buscad, y encontraréis».

Las disposiciones comunes a fieles y sacerdotes nos las da a conocer también la revelación.

En la hora de tinieblas, el enemigo real es el demonio, que es quien invisible, pero eficazmente, mueve a todos los demás. Y contra el poder de Satanás sólo los medios sobrenaturales pueden protegernos, sólo ellos nos darán la victoria en «el día malo» (cf. Efes. 6,11-18).

Por eso la situación presente nos obliga a vivir totalmente la vida sobrenatural, desprendiéndonos de todos los recursos y triquiñuelas de la industria humana.

Especialmente para la crisis que precede a la segunad venida de Cristo nos inculca San Pablo las tres virtudes teologales —hoy tan olvidades—: fe, esperanza y caridad; la adhesión total a lo enseñado por Cristo, sin vacilar o dudar, sabiendo que no hay otra vía de salvación que la que Cristo enseñó; el gozo que pregusta las dichas que nos están reservadas en el cielo, dándonos alegría y optimismo en

la tribulación presente; el enamoramiento total de Dios y de su Cristo, que hará se desvanezca el atractivo de las creaturas, que entonces reputaremos por basura (1 Tesal. 5,8).

Contra ese mismo demonio, San Pedro nos exhorta a la fe (1 Petr. 5,8-9); a la oración (1 Petr. 4,7); a la caridad fraterna especialmente ejercitada entre aquellos que desean ser fieles a Dios, con lo que evitarán el desaliento del aislamiento, esforzándonos en ser instrumentos por los que Dios les muestre su infinito amor (1 Petr. 4,8-11); el abandono de toda solicitud y de todo cuidado en manos de Dios, que cuida de nosotros (1 Petr. 6,7), con lo que evitaremos todo temor e inquietud que pudiera desviarnos de la sobrenaturalidad.

Jesús parece reducir todas las disposiciones a la oración vigilante y sin intermisión. En efecto, al acercarse la hora de la potestad de las tinieblas, se limita a recomendar a sus apóstoles: «Velad y orad, para que no caigáis en tentación» (Mt. 26,41). Y es que la oración, como trato filial con Dios, lo comprende todo: fe, esperanza, caridad, abandono en manos del Padre.

Por eso, ahora, aunque tanto se predique la acción temporal y tanto se olvide y menosprecie la oración, el verdadero creyente se ve obligado, so pena de apostatar, sumergido en la marea de impiedad

creciente, a darse como nunca a la vida de oración continua, por la que alcanzará la santidad heroica.

Vida de oración y trato con Jesús Eucaristía, tanto en el Sagrario como en el propio corazón, en donde por la comunión establece su morada: trato con El según el espíritu de la devoción al Corazón de Jesús, que puede resumirse en esta frase: «Sólo una cosa sé, y es que me amas; sólo una cosa quiero: quiero saber amarte». Si así lo hace se aislará del mundo, sumergiéndose en Dios.

Trato con el Padre celestial, sintiéndose en fe como hijo pequeñito en sus brazos —«Si no os hiciereis como niños no entraréis en el reino de los cielos»—, gozándose y alegrándose en El, abandonándose a El, amándole a El cuanto podamos de presente, y de presente detestando cuanto a El le desagrada: en ese refugio de su seno nadie podrá alcanzarnos, nadie podrá dañarnos.

Trato con nuestra Madre la Virgen María, poniéndonos también en fe en sus brazos, y ejercitando los mismos cuatro actos de alegría, abandono, amor y detestación de los pecados. No olvidemos que, aunque nos fallare todo, la Virgen María no nos fallará jamás, como no falló a Jesús en su Pasión.

No entramos en detalles, porque ese trato con Jesús, el Padre, y la Virgen María lo describimos

ya en otra obra (*El Amor,* lib. VI). Sólo añadiremos que no deben abandonarse las prácticas de oración, tradicionales, que ayudarán a esa oración continua: el rosario, las tres avemarías por la noche, el avemaría al dar las horas, los primeros viernes, el víacrucis, etc.; en ellas se manifiesta la humildad de nuestra pequeñez, que Dios bendecirá.

En esa vida divina de oración, sumergidos en Dios, se irá formando la maravillosa corona de los santos que serán cimiento y columna del reino de Cristo, como los apóstoles lo fueron de su Iglesia naciente; y su eficacia redentora atraerá desde todos los puntos y direcciones de la tierra a las almas de buena voluntad, que oirán la voz de Cristo, y acudirán a El, para formar un solo rebaño bajo un solo Pastor, quien, sometidas ya a su imperio todas las creaturas, establecerá con ellos «su reino eterno y universal: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz.»

INDICE